D. QULJOTE DE LA MANCHA - HOMENAJE EN EL ATENEO FERROLANO

1905

21
ER

F
821
TER

NON SE PRESTA
Só se pode consultar
Na sala de lectura

Ateneo Ferrolan
Fundado en 1859

Tercer Centenario

de la publicación del Ingenioso Hidalgo

D. Quijote de la Mancha

HOMENAJE

DEL

ATENEO FERROLANO

FERROL

Imp. y Estereotipia de «El Correo Gallego»
139 — REAL — 141
1905

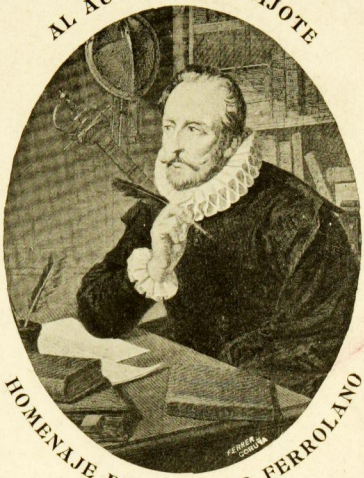
BIBLIOTECA MUNICIPAL · FERROL ·

Ateneo Ferrolán
Fundado en 1879
www.ateneoferrolan.org

Ilustración H

Ateneo Ferrolano
Fundado en 18-9

AL AUTOR DEL QUIJOTE



HOMENAJE DEL ATENEO FERROLANO

"Este que veis aquí de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos y de nariz corva aunque bien proporcionada, las barbas de plata que no ha veinte años que fueron de oro, los bigotes grandes, la boca pequeña, los dientes no crecidos, porque no tiene sino seis y esos mal acondicionados y peor puestos, porque no tienen correspondencia los unos con los otros: el cuerpo entre dos extremos, ni grande ni pequeño, la color viva, antes blanca que morena, algo cargado de espaldas y no muy ligero de piés: éste digo..... llámase comunmente

Miguel de Cervantes
Saavedra

Ateneo Ferro
Fundado en 18

R-16-288

Ateneo Ferrolano
Fundado en 18

BIBLIOTECA PÚBLICA MUNICIPAL
Ferrol del Caudillo
N.º del volumen 9134
Armario
Estante
Clasificación

TERCER CENTENARIO

de la publicación del Ingenioso Hidalgo

Don Quijote de la Mancha

Ateneo Ferrolan
Fundado en 18 9

Ateneo Ferrolano
Fundado en 18 9

XXIV.—Sesión extraordinaria del sábado 6 de Mayo del 1905.

CONMEMORACIÓN

DEL TERCER CENTENARIO DE LA PUBLICACIÓN DEL «QUIJOTE»

Trabajos de los Sres. D. Alfredo de la Iglesia (discurso leido), D. Emiliano Balás (poesía), D. Aurelio Ribalta (artículo leído), D. Federico Landrove (íd. íd.) y D. Rodrigo Sanz (comento leído).

El Presidente general, Excmo. Sr. D. Andrés Avelino Comerma abrió la sesión con el siguiente breve discurso, en que la emoción patriótica del corazón siempre joven hacía palpitar la voz reposada y la palabra medida de los años:

«Venimos á asociarnos á un acto nacional. Todo español culto tiene deber de veneración hacia Miguel de Cervantes, el sabio en tantas materias que resulta haber sido, hasta como médico y geógrafo, el patriota de Lepanto y de Argel, y sobre todo el literato por cuyo libro, traducido á toda lengua culta, es España honrada en todo el mundo, y hasta conocida en su carácter nacional, pues quijotes nos llaman á los españoles en el extranjero juzgándonos retratados en el héroe manchego.

«El Estado, recogiendo y patrocinando una iniciativa particular, ha dispuesto ó encarecido á los centros docentes, corporaciones sabias y asociaciones intelectuales, en toda provincia, la celebración del tercer centenario de la publicación del Quijote; nó tanto con festejos populares, como con actos de conmemoración en que recordar nuestras grandezas pasadas y con que anhelar por las futuras de nuestra regeneración.

«Este Ateneo, estimando las excitaciones oficiales, y más aún comulgando en el sentir unánime de la intelectualidad española, hace tambien su conmemoración modestísima, íntima y de familia, sin más fiesta que el goce interior de los que aquí venimos á pronunciar ó escuchar con veneración el nombre de Cervantes.

«Habíamos pensado en una sesión pública, con los actractivos y amenizaciones de otras artes, además del literario. Mas la estrechez de nuestros medios, y dificultades varias que no voy á exponer ahora,

Ateneo Ferrolan
Fundado en 1859

sobre todo la de hallar local adecuado, nos lo han impedido. Yo quisiera que estuviésemos hoy congregados todos los consocios, aun los ausentes; que nuestras mujeres é hijos nos acompañasen embelleciendo nuestra reunión y redoblando nuestro entusiasmo con su presencia; que hubiéramos podido ofrecer un asiento á todo amante ferrolano de la cultura... No ha podido ser. Pero constará que el Ateneo ha conmemorado el Quijote y honrado á Cervantes; constará que no ha omitido su deber en la medida que le fué hacedero, y esto debe dejarnos satisfechos.

«Hemos solicitado para este acto la cooperación de extraños al Ateneo; y hemos obtenido la de un ausente y distinguido hijo del Ferrol, el Sr. D. Aurelio Ribalta, á quien públicamente tributo gracias. —Con este trabajo y con los presentados por cuatro consocios, haremos nuestra modestísima pero entusiasta sesión de hoy. Queda abierta y tiene la palabra el señor Presidente de la sección de Letras, que va á iniciar nuestras alabanzas del Quijote y su autor.»

—

Seguidamente el Sr. de la Iglesia (D. A.) leyó el siguiente discurso acerca de la

Personalidad de España por el Quijote

Señores:

Es dicho proverbial, caido ya en la categoría de lo vulgar, que el sol no se ponía para los dominios españoles cuando se escribió el Quijote, que el globo terráqueo presentaba al astro rey en todos los momentos de su rotación la bandera española flotando soberana en los más apartados paises y en las más remotas zonas. Escrito el libro inmortal tampoco se pondrá ya el sol para los dominios del alma española; no habrá ya una hora de la existencia del mundo en que el sol no alumbre la lectura de una página, una cita, un pensamiento de esta obra sublime, suma y compendio de cuanto la humana naturaleza encierra: del alma cerniéndose en las irisadas nubes del ideal, del cuerpo sufriendo los helados desencantos de las amargas realidades.

Han pasado como las imágenes de un sueño, todas aquellas grandezas del cesarismo español; ya no tenemos ni las tierras que poseíamos el último día de la reconquista: nuestros héroes no existen ya más que en el romancero, sus glorias quedan sólo en la memoria de los pocos que no las hemos olvidado.

Pero el héroe que un día, como Minerva del cerebro de Júpiter, brotó armado del incomensurable genio de Cervantes; aquel héroe manchego conquistó para España una ínsula que tiene por límites los polos, por frontera el ecuador, y por vasallos todos los corazones y

Ateneo Ferrol
Fundado en 18

todos los cerebros del mundo intelectual. Al ímpetu de aquella lanza impulsada por la más grande alma que animó cuerpo humano, rindióse ante España, su adorada Dulcinea, el dominio de todas las almas elevadas, el imperio de los espíritus pensadores, que jamás se perderá; porque los latidos del corazón español y los destellos del alma española han repercutido y centelleado ya en el seno de la humanidad.

Por esto desde el fondo de las almas debe brotar hoy á los labios el religioso convencimiento de que Cervantes creando su «Ingenioso Hidalgo» dió más imperio á España, más personalidad en el concierto de la humanidad pensante, más gloria imperecedera, que cuantos héroes y conquistadores, filósofos, inventores y literatos hayan existido, existen, ni acaso puedan existir jamás en nuestra patria.

***

La personalidad de una nación en la familia de las naciones no estriba, nó, en sus hazañas de conquista, ni en la muchedumbre de sus ejércitos, ni en el valor de sus guerreros, ni en el poder de sus flotas, ni aún—como se quiere en los novísimos tiempos- en la actividad de su industria y la expansión de su comercio; estas cosas todas daránle acaso un estado de superioridad en un momento de la Historia; pero la personalidad antonomásica que da perpetuidad á un pueblo, haciendo que al través de las edades su espíritu se mantenga inmortal flotando en el ambiente de la humanidad, y su recuerdo se evoque, y sus grandezas se admiren, y sus héroes se enaltezcan y sus glorias se imiten; esa personalidad sólo se alcanza cuando lo durable y permanente de tal raza, lo invariable é imperecedero que tras de sí ha dejado, es á la vez lo durable y permanente de la humanidad entera, lo que ésta no puede repudiar á no repudiar también su naturaleza.

Si esas grandezas, que podemos llamar dinámicas y que no son más que uno de los aspectos humanos, fuesen las que más gloriosa huella dejasen en la memoria de la humanidad; los ejemplos de los grandes imperios de la antigüedad inspirarían hoy á todos los pueblos modernos, que orientarían sus tendencias todas á los medios por que alcanzaron su poderío la India y la China, Roma y Cartago, Nínive y Babilonia.

Pero de aquella civilización india que se engendra entre las formidables luchas cantadas por el Ramayana y el Mahabarata, de todas aquellas epopeyas, á las que llama un genial escritor contemporáneo *incomensurables ilíadas*; de aquellas fabulosas riquezas, cuyo peso abrumador apenas concebimos al considerar los montones de templos que trepan á las cumbres del Himalaya... quedan tan sólo miserables tribus que esconden sus tristes apariencias mayestáticas en los repliegues de la sagrada cordillera, mansión un día de sus dioses grandes como continentes, que jugando vertían el Océano en su copa para extraerle la ambrosía.

Ateneo Ferrolano
Fundado en 1879

Y aquel enorme imperio que con su peso abrumaba el mundo entonces conocido, cayó para no levantarse jamás: y sólo quedan de él, arraigados en lo más profundo de las modernas sociedades, los principios religiosos que, engendrados en la virginidad ansiosa de aquellos primitivos pueblos, informan todavía en nuestros tiempos la moderna Teosofía, nueva piedra filosofal que tal vez convierta en el oro de la verdad las diversas alquimias de las ficciones míticas.

Y de los montones de iliadas, que en miriadas de versos constituyen los sagrados poemas de los libros védicos, queda tan sólo el estudio solitario que en algún rincón del mundo realiza el filólogo, rebuscando en las entrañas del sagrado idioma el germen de la humanidad latiendo en sus primeros vagidos; porque la humanidad buscará eternamente la interpretación de la incomprensible fuerza única y la expresión de sus anhelos en el tiempo.

Religión y lenguaje: he ahí lo durable, lo imperecedero del Oriente; porque esto es y fué lo humano.

Y de Grecia quedó el arte, y de Roma el Derecho, porque ambos son anhelos eternos del espíritu; mas nada queda de Persia, porque su espíritu agobiado por el zoroastrismo y el ocultismo, si algo humano produjo, fué arrebatado por los árabes, que con mil muertes llevaron mil vidas en las puntas de sus cimitarras. Y nada queda de aquella Cartago que, rival un día del coloso del mundo, nada humano produjo en la época de su grandeza; y nada queda del Egipto, porque acaso los anhelos de su alma perecieron con aquella biblioteca que un día elevó al cielo en negras columnas de humo quizá todo el espíritu de los admirables sacerdotes faraónicos, yendo la esencia de su sér, en una especie de metempsícosis selectiva, á albergarse en las escuelas filosóficas de la pensadora Grecia.

Mas como el espíritu tiene en sus infinitos repliegues y sinuosidades algo que palpita eternamente en todos los espíritus y otro algo que es ocasional y obedece al medio ambiente; aún en lo espiritual es preciso aquilatar y separar lo que es durable de lo que es perecedero.

¿Qué queda de tantas y tantas escuelas filosóficas cuyo número abruma, cuyo solo catálogo llena volúmenes, cuyos principios luchan, se revuelven, se atacan, se destruyen para renacer más tarde, bien así como las substancias en disolución dentro de cristalina redoma, suben, bajan, se precipitan y dejan por final un sedimento del que habrán de surgir las más ricas cristalizaciones? ¿Qué queda de todo aquello más que la humana serenidad socrática con su constante investigación sobre los hechos? Es que las fantasmagorías y los desvaríos de cínicos y megáricos, estoicos y epicúreos, gnósticos y neoplatónicos, habrán servido acaso de escabeles, de peldaños, de escalas, si quereis, para alcanzar el sagrado secreto que jamás hallará el espíritu humano, que, eterno Sócrates, dirá, acompañando las investigaciones de todos los filósofos: «¿Acaso sabeis de un lugar en donde

Ateneo Ferrol
Fundado en 18

no se muera?» Y flotando sobre todas las deducciones, principios é hipótesis, ó cristalizando en el fondo de todas las conciencias, queda lo humano de todas las escuelas: la aspiración á una verdad única, superior á todas las opiniones, tierra prometida, sublime ideal á donde la humanidad se encamina en inacabable éxodo.

Después de la adolescencia del espíritu romano, estalla en orgía de frondosos brotes y abundosos frutos aquella *ætas áurea* engendrada en el seno de la madre Grecia, y ¿qué queda de todo lo producido y elaborado por los Cicerones y los Césares, los Virgilios y los Horacios, los Ovidios y los Sénecas? El recuerdo de muchos vicios y algunas virtudes, de muchos errores y aberraciones; y cuando, entre el lamento de sus poetas decadentes que claman: *Felix qui potuit rerum cognoscere causas*, se derrumba aquella gran aberración biológica que se llamó Imperio Romano, apenas deja más que unos cuantos gérmenes de literaturas venideras y de principios de Derecho, quién sabe si conculcadores de lo más hermoso que la humanidad anhelará siempre.

Y duran aún los frescos rasgos de ingenio del epigramático español; y perdura el chasquido del latigazo de Juvenal, porque son muy humanos; mientras se hunde en el recuerdo de los hombres, apesar de sus innumerables bellezas, la Eneida creada para halagar la vanidad de los césares, flotando sobre el lago de tanto olvido la humana piedad de Eneas y el más humano desesperado dolor de la tierna Elisa.

Y de aquellos abrumadores monumentos literarios de los antiguos *Edas*, que hicieron vibrar con sus cantos los cristalinos hielos de los mares del Norte; de aquel interminable ciclo de Artús, que el genio Wagneriano quiso hacer revivir en cascadas brillantes de sorprendentes harmonías; queda tan sólo lo humano que simbolizaban los incontrastables arrestos de los andantes caballeros que, pensando en su Dios y en su amor, llevaban el amor y el bien en las puntas de sus lanzas y en el filo de sus montantes.

Pero cuando las avideces de no comprendidos anhelos bastardearon tan humanas creaciones, cuando las polícromas tintas de lo imaginativo enturbiaron el cristalino raudal de la aspiración humana produciendo los incongruentes libros de caballería; fué preciso que naciese un genio como el de Cervantes que, tejiendo los músculos de Amadises, Artuses y Rolandos, y haciendo circular por ellos la noble sangre de Nibelungos y Caballeros de la Tabla redonda, infiltrase en tal cuerpo el alma española para engendrar la síntesis de todo lo humano de tantos gérmenes: el inmortal D. Quijote.

He aquí como en el transcurso de la Historia, cuando la humanidad vuelve los ojos para investigar con mirada escudriñadora el camino recorrido, piérdense entre la bruma de los siglos los mezquinos detalles y sólo destácanse y permanecen incólumes las grandes síntesis de las aspiraciones humanas; y brotan á nuestra mente entre los vagos cendales de las evocaciones históricas las religiones indias, la

Ateneo Ferrol
Fundado en 18

filosofía y el arte griegos, el derecho romano, la fuerza germánica preparando la propagación del cristianismo, y éste levántase sobre las ruínas del mundo antiguo engendrando el Renacimiento, elaborador de todos los anhelos humanos.

Así en la sucesión de los tiempos, cuando las futuras generaciones vuelvan la vista hacia lo que hoy convive con nosotros y que se habrá perdido en las lejanías del pasado; surgirá ante sus ojos, entre las nubes levantadas por el piafar de los corceles y el humo de la pólvora del actual cesarismo, carcoma que apresura la ruína de las naciones, aquélla que más haya hecho por la justicia, por el amor, por la fraternidad universal, eternos ideales de la humanidad.

***

Entre la infinita variedad de manifestaciones del genio que constituyen las literaturas de todos los países, aparecen de vez en cuando *obras maestras que son como grandes síntesis de cada pueblo ó de* cada época, y en ellas convergen los diversos elementos estimulantes de las voluntades en aquella época ó en aquel país.

Del movimiento integral de los varios elementos étnicos de la antigua Grecia brota la unidad de la Ilíada; del ansia de expansión del pletórico pueblo griego surge la Odisea; de la apoteótica concepción de los césares en que la republicana Roma había caído, engéndrase la Eneida resucitando el antropomorfismo heleno; de la lucha de dos grandes soberbias animadas por fanatismos distintos, que hizo rodar la cabeza de un monarca, nace el asombroso «Paraíso Perdido» en que la obscura noche del ciego secretario de Cronwell derrocha destellos deslumbrantes de luz, cantando la más atrevida soberbia concebida por el espíritu religioso; de las enconadas pasiones de güelfos y gibelinos que pensando en el mundo olvidaban el cielo, álzase, como la columna de nubes que en el desierto guiaba al pueblo hebreo, la «Divina Comedia», síntesis del ideal cristiano y latigazo en el rostro de los dos rivales poderes humanos apartados de Dios.

Y examinando sintéticamente cada obra maestra de las literaturas del mundo, queda en el ánimo una huella de las cualidades morales del alma de cada pueblo, una quintaesencia de su modo de ser, de pensar, de existir; síntesis preciosa que, á veces inconscientemente, operó el genio de un hombre, foco potísimo que hizo reflejar en su alma todas las almas, en un latido de su corazón los latidos de todos los corazones.

Esta es la obra inmensa, colosal, de Cervantes; éste el incomparable mérito del «Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha», poema sin moldes clásicos, poema singular sin más maravilloso que la hermosa locura del héroe, poema en que el sublime manco engarzó en la rica pedrería de nuestro armoniosísimo idioma, libre de la monotonía del verso, fijándolo para siempre en joya indestructible, todo el mágico encanto del alma española.

Ateneo Ferro
Fundado en 19

Al pasear como soldado ó como cortesano, como hidalgo pobre ó como cautivo, como empleado ó como prisionero, todos los escenarios de la vida española, hizo un día converger en un punto todos los rayos de su profunda observación, de su sabio criterio, de su poderoso ingenio, y brotó con vivísima luz la asombrosa obra que había de admirar á las naciones y cuyo espíritu no es otro que lo más noble é imperecedero del alma de España.

Caracterízase ésta en primer término, y de ello quedan imborrables testimonios desde los tiempos protohistóricos, por su independencia en existir y su tendencia á prescindir de lo útil en holocausto á lo bueno y noble.

Eterno héroe manchego, desde que dió los primeros pasos en la vida de las naciones, quedan cual otros tantos capítulos de la obra inmortal Indívil y Mandonio, Viriato y Numancia, Sagunto y el Medulio... y viniendo á más próximos y quizá más tristes tiempos, el Alcalde de Móstoles y el 2 de Mayo, Bailén y los Arapiles, el Callao y Tetuán... y envueltos entre lágrimas de rabia y rubores de sangre, Santiago de Cuba y Caviíte.

¡Ah! si este iluso Quijote español se dejara aconsejar de su prosáico escudero!!... Quizá entregara desleal los fugitivos de Viriato y no hubiese ardido Numancia; quizá oyendo las grandes voces del fiel retrato de la utilidad y la razón fría, amparárase del victorioso y no hubiera perecido la inmortal Sagunto; discurriendo cual Sancho, sacrificaría lo bueno, lo ideal y hermoso en holocausto á lo útil, y no hubiesen caido los héroes del Medulio cuando ya España entera era Roma, ni diera Viriato su vida inútilmente, ni hubieran saltado por un epiléptico sacudimiento patriótico é irreflexivo los ejércitos del coloso de Córcega, para ir á hundirse en Waterloo, retrasando quizá un siglo nuestra cultura y nuestro medro!!...

Y este Quijote empéñase con Colón en la conquista de un mundo de cuya empresa quedóle el molimiento de huesos y la pérdida de fuerzas; y mientras se prepara un nunca bien preparado bálsamo de Fierabrás, utilízanse de ello muchos Sanchos que *antes pidiéranle* al inmortal genovés para arriesgarse en la aventura, una muestra de aquel mundo que él soñara «si bien no fuese más que del tamaño de una lenteja.»

E *idealizando siempre*; y *siempre derramando* generoso su sangre libertó galeotes, que, al tener fuerzas libres, pagáronle con pedradas en el Perú, y en Chile, y en Cuba, y en cien y cien sitios más, la inocente exigencia de que rindiesen acatamiento á su bandera, adoradísima Dulcinea, único galardón que de su pujante soberanía quería conservar.

Sobre su flaco Rocinante, que se alimenta de lo que la pródiga naturaleza buenamente le brinda; con sus armas menguadas en fortaleza, pero en ánimos hercúleas, peleó siempre contra fuerzas superiores, desoyendo eternamente nuestro hidalgo pueblo las voces de

Ateneo Ferrolán
Fundado en 1899

la razón y del común sentir, y allá cayó y se levantó mil veces en Alarcos y las Navas, Lepanto y Trafalgar, el Callao y Cavite... entre inmensísima polvareda de gloria que aún ciega á las naciones más guerreras.

Otra esencial característica de nuestro pueblo es su avidez de vivir la vida del espíritu menospreciando la del cuerpo. Encontrando el mundo mezquino para encerrar todos los anhelos de una exquisita sensibilidad y una imaginación fecundísima; ó produjo poetas líricos en copiosa abundancia, ó con la vista en el cielo y separándose de la tierra brotaron por doquiera en esta prolífica nación místicos sin cuento que derritieron en filosóficas y teológicas lágrimas sus eternos amorosos anhelos en la Peña Pobre de la vida nacional, mientras las naciones Sanchos, aprovechándose de los ducados, parten á buscar una Dulcinea «que no aechará perlas» como imaginaba el buen caballero, sino trigo vulgar y sustancioso; y que las regalará con mendrugos de pan y de ovejuno queso, mientras el de la Triste Figura martirízase el cuerpo, como nuestra España entre resplandores de autos de fé y eróticos misticismos olvidábase de los mendrugos de las ciencias.

Que donde quiera que la nación española puso su planta, allí dejó la semilla del anhelar sin poseer, del poseer sin construír, del construír sin conservar, llevando el honor y la fe á punta de lanza; y si alguna vez se acordó de las camisas y ducados fué para encomendárselos á algún escudero socarrón, quien, menos fiel que Panza, dejóla maltrecha y contusa en medio del camino sin que ni con razones consoladoras aliviárala en sus quebrantos.

Pero así como al recorrer las innumerables aventuras del Ingenioso Hidalgo, produce asombro aquella energía física y aquel vigor incansable encerrados en tan flaco cuerpo; el espectáculo de las españolas aventuras hizo decir á un célebre hombre de estado del pasado siglo «que España debía de ser la nación más poderosa del mundo, cuando empeñada en matarse durante tantos siglos no había podido conseguirlo»; y exclamar á un profundo escritor español «que parece mentira tengan aún agua las fuentes y yerba los campos».

«Nuestro suelo—decía el malogrado Fígaro—es el campo de ba»talla de los demás pueblos: aquí vienen todos los principios encon»trados á darse el combate..... Inglaterra, el coloso del mar, necesitó »medir sus fuerzas con el grande hombre, con el coloso de la tierra, »y uno y otro exclamaron:—Nos falta terreno ¿dónde reñiremos?—Y »se citaron en España. Ventilada la cuestión, acudieron los amigos del »vencedor y reclamaron la parte del despojo». A España quedóle por premio de su cooperación «lo que puede quedarle al campo de bata»lla: los cadáveres, el espectáculo de los buitres, y un letrero encima: »Aquí fué la riña».

«La América devolvió á su conquistadora con creces y con usura »el principio democrático cuyo gérmen le había lanzado inprudente»mente la Europa de Luis XVI y de Carlos IV. El grito resonó desde las

Ateneo Ferrol
Fundado en 19

»columnas de Hércules hasta las orillas del Rhin; los pueblos sole-
»vantaron las cabezas é hicieron vacilar los tronos que pesaban so-
»bre ellos... pero ¿dónde pelearemos? se dijeron... y también se cita-
»ron en España... Más tarde el derecho Divino y la legitimidad por la
»gracia de Dios han necesitado reunir sus últimas fuerzas para dar
»combate al derecho del hombre y la legitimidad por la gracia del
»pueblo, y esta última vez no ha sido necesario ya traer los principios al
»palenque; ellos han nacido en su terreno... y las provincias vírgenes
»de España han visto su velo desgarrado y profanado su seno... por
»las sangrientas manos de los liberales y de los carlistas. De tradición
»antigua es la España el palenque de las disputas ajenas: la España no
»ha visto limpio su suelo de las armas extranjeras, sino cuando ha em-
»puñado el tizón de la discordia y cuando le ha lanzado con la atrevida
»mano de Carlos I en los demás pueblos, porque antes de ese período
»de conquista ¿dónde sino en España ventilaron sus cuestiones Roma
»y Cartago, la cruz y la media luna, la Europa y el Asia?

Y aún añadiremos á las palabras de Fígaro ¿qué fueron las empresas de Carlos I sino la manifestación del espíritu quijotesco rompiendo lanzas contra la Reforma, que ni en España había brotado? ¿Quién sino ese espíritu mismo retó en Lepanto el poder de los sarracenos? ¿Quién sino él inspiró su amparo á los separatistas americanos sembrando la semilla de la ingratitud con que habían de pagar aquella descabellada aventura llevada á cabo en su obsequio?

Mas ¿á qué seguir en esta serie de paralelos y semejanzas entre la vida española y la del incomparable hidalgo? Repasarlos sería recorrer una á una las páginas de la historia de nuestra nación: ni en un solo momento de nuestra vida nacional ó colectiva deja de encontrarse una empresa propia del gran loco, sordo á las prudentes voces de cuantos previsores le han gritado en tiempo: »Vuélvase, amo mío..!»

Sólo al poderoso genio de Cervantes, educado en las realidades y amarguras de la vida, empujado constantemente ya por el ideal ya por la realidad más espantosa, fué dado el reunir en hermosa síntesis nuestros rasgos característicos. Peregrino de la vida, al recorrer las riberas del Mediterráneo, lago de los grandes destinos de la humanidad, vió acontecimientos, hombres y naciones al través de su espíritu nacional, y por una comparación constante y tácita de la cual quizá ni él mismo se dió cuenta; vió el alma española superior á la de todas las demás naciones, y al dar vida á su ideal caballero andante, honra y prez de la andante caballería, que había de destruír todas las ficciones caballerescas que él veía nocivas y reprobables; encarnó en él el alma de esta nación tan poco estudiada y menos comprendida, de esta nación cuya indolencia habitual y ordinaria apatía y cuya actividad y grandeza en las situaciones extremadas pudieran explicarse—en opinión de un sabio polígrafo español—por esa necesidad que los ánimos no vulgares tienen de circunstancias extraordinarias para sentir el sacudimiento de lo heróico. Póngasela ante un mundo y

Ateneo Ferrolano
Fundado en 18[illegible]

brotarán Corteses y Pizarros; amenácesela con la esclavitud y aparerán los vencedores de Bailén y los defensores de Zaragoza y Gerona.

***

¿Pero es acaso que lo más noble,durable é imperecedero del alma española, no es también lo más durable, imperecedero y noble de la humanidad entera?

¡Ah, no! que si lo noble impulsivo, la intuición de lo grande, el instinto de lo justo, el loco correr en pos de un irrealizable ideal, el sacrificio del propio sér,la inconsciencia de las realidades tangibles, el quijotismo, en una palabra, caracteriza la vida de nuestra nacionalidad, no hay tampoco nación alguna que no cifre su mayor gloria en algo quijotesco y que no tenga aquella página de su historia surgida al calor de lo impulsivo, aquella que las presente irreflexivas olvidando su cuerpo y su reposo y marchando en pos del fuego, fatuo quizá, de su espíritu ilusionado; por más noble, imperecedera y grande que las más grandes pero reflexivas y maduradas empresas que el espíritu práctico haya realizado para asegurar el bienestar sacrificando el ideal humano.

Preguntad sino á la Grecia quién la engrandece y la redime más del olvido, si la gran locura del sublime Leónidas ó la labor profunda de Solón ó Licurgo; preguntad á Roma si cuenta en sus timbres como más ilustre la empresa de los Gracos ó la redacción de las Doce Tablas; consultad á Inglaterra y os dirá cual llena su alma de regocijo si su victoriosa campaña del Africa Meridional ó las sangrientas locuras de los Puritanos; y Francia os dirá quién la entusiasma, si la locura conquistadora de Napoleón, ó la profundidad económica del gran Colbert; y las naciones todas ensalzarán y reverenciarán á sus quijotes tanto vencidos como vencedores, ya de la fuerza, ya de la inteligencia; porque la humanidad entera adora el ideal, aunque de lo real viva y se nutra; porque en lo uno—como dijo el historiador latino—nos parecemos á los dioses y en lo otro nos asemejamos á las fieras.

Por esto al recorrer las páginas del Quijote se entusiasman todos los pueblos de la tierra, y las traducen y las hacen suyas, y comentan y alaban los delirios del loco, delirios hermosos, que van en pos del irrealizable ideal humano, rompiendo con todas las trabas convencionales;y encuentran suyo todo aquel encanto del sacrificio en aras del bien de los demás, de los menesterosos, de los que sufren, que debe informar el alma de las naciones: sacrificio que sólo podrán soñar ó llevar á cabo los grandes locos, los sublimes desequilibrados, porque los grandes equilibrados, los grandes cuerdos, reposarán tranquilos en perpétua paz.

Y cuando en las eternas luchas de las sociedades humanas gimen en las amarguras de los derrotados y vencidos ideales, todos los pueblos, todas las sociedades, todos los hombres suspiran por un Qui-

jote, divino ó humano, real ó ilusorio, llámese Cristo, Mahoma ó Confucio, la libertad ó el despotismo, la democracia ó la anarquía.

Por esto no sólo en los estados de derecho, en estas grandes unidades llamadas naciones, encuentran su sanción y sus reflejos los estímulos inspiradores del iluso caballero; hállanse también en esas aspiraciones de las multitudes gregarias que en un momento estallan trastornando todo lo vulgar, lo tradicional y reposado de la sanchuna vida.

Un día son los quijotismos de Pedro el Ermitaño los que exaltan las muchedumbres, inconscientes de lo descabellado de su aventura, y marchan como rebaños sembrando de cadáveres los caminos que, si no la conducen á la conquista soñada, preparan la comunicación de las dos mitades del cerebro mundial que no funcionaban al unísono.

Otro día los quijotismos de los mártires hacen fecundar con su generosa sangre el hediondo fango del imperio romano en donde brotará la riquísima cosecha del desenvolvimiento cristiano. Aquí los apasionados y soñadores girondinos pagan su quijotismo con la vida, rindiendo su cuello bajo la cuchilla de la misma república que á ellos deberá en el porvenir su mayor gloria; allá el quijotismo de los boers se atreve irreflexivo, fundado en la justicia de su causa, con el injusto coloso, que triunfa de los buenos, y al caer vencidos suben en nubes de gloria á la inmortalidad de los pueblos mártires. Hoy es el Quijote el pueblo polaco que queda destrozado en las garras de los injustos forzadores que se reparten su vestidura; mañana son los que gritan ¡á Berlin! ¡á Berlin! para esconder humilladas las cabezas de sus águilas en Metz y en Sedán.

Y todos los entusiasmos, y todas las grandes ideas, y todas las redenciones plantaron siempre su prolífica semilla en el surco abierto acaso por el cuerpo de un Quijote vencido, que rueda por tierra arrastrado muchas veces por la fuerza de lo inconsciente, de las aspas de los molinos, que un día vendrán á tierra tambien por la pesadumbre de los tiempos.

Pero estos quijotes sociales, aún vencidos, reputarán siempre gigantes á los que el vulgo creerá molinos, y una y mil veces volverán contra ellos, aunque otras tantas hubiesen de ser derribados; que en esto consistió siempre lo más hermoso de nuestro dechado de caballeros, jamás desilusionado, jamás desencantado por patente y viva que la realidad se le apareciese. Siempre en su alma albergará la esperanza de que si aquella empresa no estuvo para él, otro caballero vendrá llamado por el ruido de su hazaña y reemprenderá la aventura y darála cima para dicha de la humaninad.

Este raudal inagotable de halagadoras esperanzas que eternamente brota de los grandes corazones ¿cómo no habrá de hallar eco en todo el orbe, y no han de ver en él todos los pueblos su pasado y su porvenir, si de este constante acometer sin rendirse el ánimo nace

Ateneo Ferrolan
Fundado en 1879

la destrucción de todo lo malo, el enderezar de todos los tuertos y el desfacer de todos los agravios hechos al bien, á la justicia, al amor y á la verdad?

Mas este análisis y esta clara percepción de las dos tendencias una humana y otra sobrehumana, una del ensueño otra de la realidad, una del espíritu poético otra del prosáico, que palpitan en el «Ingenioso Hidalgo» de Cervantes; no es sólo patrimonio de la intelectualidad erudita, nó; porque si en su trascendencia social y política escapa quizá á la percepción del vulgo culto, no deja de ser notada individualmente por cada hombre en cuyo sér luchan eternamente el angel y el demonio, el bien y el mal, el dios y la fiera, los grandes arranques del altruismo, la caridad y el amor, y los bajos pensamientos de la utilidad y el egoismo.

¿Qué hombre habrá en ningún pueblo de la tierra, cualquiera que sea su raza, su color, su inteligencia, que no se haya sentido en su vida ya Quijote ya Sancho? ¿Quién no se habrá sentido solicitado y compelido en constante alternativa por estas dos opuestas tendencias?

Si la noble actividad nos estimula y pensamos que nuestro descanso debe ser el pelear; la pereza y la indolencia con sus vulgares encantos nos adormecen y enervan: si el honor, ó el deber, ó el patriotismo nos exaltan; el egoismo mata los más nobles arranques: si la compasión ó el altruismo nos inclinan al amor al prójimo y á prodigarle nuestro auxilio; la satisfacción de personales medros, ó el recelo de perderlos, ó el recuerdo de una ingratitud retraen nuestra diestra que ya tendíamos al hermano menesteroso.

Siempre Sancho recordando los batanes, siempre Andresillo saliendo de las manos de Juan Haldudo.

¡Cuánta lucha diaria, constante, eterna, entre la nobleza de nuestro sér y la grosería de nuestra naturaleza animal, entre lo innoble y bastardo que nos inclina al mal y lo noble, lo elevado, lo hermoso que nos inclina al bien!

***

Labor inacabable la de analizar las razones que colocan el Quijote en el primer lugar de las producciones literarias de todas las épocas y de todos los pueblos.

Buscad en las obras maestras de todas las literaturas alguna belleza, algún encanto, alguna sublimidad que no contenga esta obra inmortal del soldado de Lepanto.

Ella encarna el espíritu de un pueblo en todas las manifestaciones de su vida, mientras la Iliada y la Odisea reflejan sólo un momento histórico del pueblo griego: ella idealiza la acción de la fuerza en obsequio de la razón, del amor y de la justicia, sobrepujando en ésto á todos los ciclos caballerescos de los pueblos del norte: ella refleja, no una síntesis de la aspiración religiosa y política,consecuencia de un estado social; sino la constante síntesis de los movimientos

colectivos en todos los estados sociales de todos los pueblos de la tierra, que ven en ella el reflejo de sus más nobles arranques: ella presenta en sus humanas realidades, como la obra de Milton en sus hermosos simbolismos, al amor y al bien alejándose del mundo, y enciende las ansias de pelear por ellos, ideal común á todas las religiones y fuente de todos los dogmas.

Y aún supera en idealismo encantador á cuantas obras el amor ha inspirado, puesto que la heroína del amor quijotesco, el objeto de sus ansias, el imán de sus atracciones, no existe como existieron Laura para el Petrarca, ó Beatriz para el Dante; nó, no podía existir, fué sólo un ente creado por el corazón y el cerebro del incansable campeón de su hermosura: que el arquetipo de la belleza sin mancha, de la pureza inmaculada, no puede existir más que en el cerebro de un loco.

Pero así como la conciencia superior é idealista de D. Quijote y el sentido común ó conciencia inferior de Sancho muestran su antagonismo en los primeros momentos de su vida vagabunda, y por la acción constante y mutua llegan á asimilarse en cierto modo, resolviéndose cuando el conocer y el pensar se equilibran en el final de la asendereada vida del buen Alonso Quijano; del mismo modo en la vida individual como en la colectiva, en la social como en la política, en la del derecho como en la de las ideas; deben estar constantemente reobrando una sobre otra ambas tendencias aproximándose al equilibrio; equilibrio que jamás se alcanzará, porque cuando *en los nidos de antaño ya no haya pájaros*, cuando las ilusiones no muevan quijotes y todos los hombres sean Sanchos; entonces, desgraciadamente, la humanidad morirá como muere el sublime loco al convencerse de que aquellas luchas, que dieron inagotable ardor á su alma, y férrea resistencia á sus músculos, quedan en la tierra, huyéndose el espíritu hacia el cielo.

Y las naciones en su historia, y las sociedades en sus anhelos, y el hombre en sus internas luchas, encontrarán eternamente en las páginas del Quijote el gran poema de la vida humana, la filosofía de las multitudes y de los individuos, la experiencia de la vida, el monumento, en fin, de las realidades y los ideales en que comulgan todos los pueblos de la tierra.

Y aún cuando el nombre de España desapareciese del lenguaje universal y aún cuando nuestro suelo se hundiese cual otra Atlántida devorado por el Océano, y en las futuras edades se hubiesen borrado de la memoria cuantos sabios, políticos, guerreros, inventores y literatos en España han sido; la humanidad buscará con avidez la lengua hermosa en que fué concebido el libro incomparable con que el divino Cervantes redimió para siempre del olvido y de la injuria del tiempo el adorable y venerando espíritu de nuestra madre España.—He dicho.—*(Aplausos prolongadísimos).*

—

Ateneo Ferrolán
Fundado en 1899

Seguidamente, el Presidente de la sección de Bellas artes, señor D. Emiliano Balás, leyó la siguiente composición poética:

EL QUIJOTE

La más pura esmeralda, ¿brillaría
Si antes no la tallara el lapidario?
Y la hermosa labor de argentería
Que avalora el soberbio relicario,
Sin la lima y crisol, ¿existiría?
Así del gran Cervantes, la carrera
Que de rudos trabajos fué sembrada,
El ingenio aguzóle de manera
Que su azarosa vida accidentada
En el Quijote ha condensado entera.
En su hidalgo manchego, yo, el retrato
Veo del ideal, que la conciencia
Del hombre impulsa, en férvido arrebato,
A despreciar peligros y existencia;
Y en aquel su escudero mentecato
Del sórdido egoismo está la esencia.

—*(Aplausos).*

—

A continuación fué leído por el Secretario general, Sr. D. Rodrigo Sanz, el siguiente trabajo remitido para la sesión, desde Madrid, por el Sr. D. Aurelio Ribalta:

CERVANTES Y EL PADRE SARMIENTO

Entiendo que cumple á los gallegos, que siempre hemos sido y somos buenos españoles, aunque maltratados harto, y hasta por Cervantes mismo, pagar contribución al Centenario del *Quijote*, que á la fin es honrar á Cervantes, descendiente de gallegos y oriundo de Galicia.

Natural parece ser que para ello busquemos en el *Quijote* pasajes y lecciones que más de cerca y directamente nos interesen. Empeño vano. Ni en él ni en toda la obra cervantina los hay. A pesar de ser Cervantes de abolorio gallego, no ha tenido para Galicia ni para ninguno de sus pueblos los piropos que dedica á otros varios, ni la mención cariñosa ó encomiástica que hace de muchos.

Aparte de cierto inciso, ya aludido, en que se refiere á los gallegos en términos poco gratos y que por lo mismo no es oportuno citar,

Ateneo Ferrol
Fundado en 18

apenas hay en todo lo escrito por el autor del *Quijote* nada de que los gallegos podamos envanecernos, ni siquiera holgarnos, ni sacar un adarme de substancia con que alimentar nuestro amor propio regional.

En *La Galatea* se alude á las peregrinaciones á Santiago, cuya fama llenaba el mundo; mas para la gran ciudad no tiene Cervantes otras que estas escuetas palabras:

...y diciendo al capitan que querían pasar en España para ir á Santiago de Galicia... (1)

En *El Licenciado Vidriera*, cuando Tomás Rodaja llega «á la hermosa y bellísima ciudad de Génova» (que así la llama duplicando para ella el encomio que para Santiago no tuvo), y va á dar aquél en una hostería, con el capitán y todos sus camaradas, hay una mención para el vino de Ribadavia, citándolo en el cabo de una ristra de ellos. Pero fuera de esto, con ser tan poco, nada ó casi nada podremos atopar en Cervantes que á Galicia ó á sus cosas se refiera.

De Galicia, sin embargo, le vino á Cervantes, no solamente su hidalga ascendencia, sinó tambien algo tan importante como el descubrimiento de su cuna, la probanza de su nacimiento y la invención de su partida de bautismo indubitable y hacedora de fé en el largo pleito de su nacencia que muchas ciudades y villas se disputaron y todavía regatean á Alcalá de Henares.

Olvidadillo andaba el *Quijote* por las tierras castellanas, mucho más que por otras extranjeras, cuando un inglés aristócrata y erudito Lord Barón de Carteret, quiso áumentar con el *Quijote* la *Biblioteca del Sabio Merlin*, de la Reyna Carolina, de Inglaterra; y para la magnífica edición castellana del *Quijote*, que Mylord Carteret hizo estampar en Londres en 1738, no pudo hallarse en Castilla una biografía de Cervantes.—Castilla no se había ocupado de tal cosa.

Por encargo de Lord Carteret tuvo que hacerla un valenciano, D. Gregorio Mayans, sin otros datos que su buen ingenio y la sagacidad crítica con que leyó las obras de Cervantes, pretendiendo descubrir su vida entre los donaires de su prosa y la reposada extructura de sus versos.

Pero con elementos tan escasos, ni el noble intento del noble Lord pudo quedar finido, ni acabada la obra que por su encargo y compromiso escribió Mayans; llenó este las grandes lagunas de su relato «con otras noticias amenas y recónditas concernientes á nuestra historia literaria»; (2) é hizo de abondo para lo que tenía y podía.

Iniciadas en Castilla averiguaciones serias, el primer buen suceso que éstas tuvieron, se debe á nuestro famosísimo Padre Fr. Martín Sarmiento. Sobre una noticia documental de D. Juan de Iriarte,

---

(1) *La Galatea*: libro V.

(2) Frase de D. Martín Fernández de Navarrete pág. 204 de su *Vida de Cervantes*, id. de la R. Acad. Esp., que veo y sigo.

Ateneo Ferrolan
Fundado en 1879

bibliotecario del Rey, trabajó Sarmiento con tanta fé, talento y fortuna, que la indubitable certeza de la nacencia de Cervantes en Alcalá, fué al fin el premio y la satisfacción de sus afanes.

En 1760 confrontaba y compulsaba el P. Sarmiento la partida de bautismo de Miguel Cervantes en Alcalá y la del otro Miguel Cervantes en Alzázar de San Juan, que tanta confusión produjo; y en 1761 escribía su manuscrito de veinte pliegos que intitula:

«Noticia de la verdadera patria del Miguel de Cervantes, estropeado en Lepanto, cautivo en Argel, y autor de la Historia de D. Quijote, y Conjetura sobre la Insula Barataria.»

Basta leer con mediana atención el precedente epígrafe para convencerse de que su redacción está inspirada en el deseo de distinguir, desde el empiezo, entre el Miguel de Cervantes bautizado en Alcalá de Henares y el Miguel de Cervantes bautizado en Alcázar de San Juan.—Así vemos que dice, por ejemplo: *cautivo en Argel* en alusión á la *Historia de Argel* del P. Haedo ó Ahedo (no sé cual de ambas lecciones es la buena); libro en el cual halló una de las primeras noticias que sirvieron de base á su convencimiento. Pero dejemos esto.

El manuscrito del P. Sarmiento, negado varias veces, viene á ser confirmado de verdadero por el decurso de los tiempos. Lo mismo le pasó al P. Sarmiento con sus admirables estudios filológicos sobre el idioma gallego: vinieron luego teorías flamantes á contradecirle, y ahora va resultando que es él quien tiene razón.

En este manuscrito, por una de esas adivinaciones que tan frecuentes son en las obras del poderoso entendimiento del P. Sarmiento, expone éste la sospecha de la oriundez gallega de Cervantes, hoy confirmada. En este manuscrito se critican y depuran escritos y opiniones de Mayans, de D. Nicolás Antonio, y de Pellicer. Y en suma, en este manuscrito está lo fundamental de la consagración de la gloria de Cervantes por la posteridad. El es la mejor prueba de lo que la buena fama de Cervantes debe al eruditísimo benedictino gallego.

Como no soy erudito, y no tengo la más ligera intención de aparecerlo, no continúo por este camino. Ni es ese mi objeto. Mucho más modesto mi propósito (y mucho más en armonía, por lo tanto, con mis facultades intelectuales) se ha limitado á hacer resaltar este concepto, que en mi humilde juicio puede resultar curioso. En apariencia desligada la obra de Cervantes de toda afición á Galicia y á sus cosas, hasta el punto de que la única vez que habla de gallegos es para tratarlos muy por lo mediano, de Galicia le viene á Cervantes la genealogia y la noble progenie, y de Galicia le viene tambien el primero de sus glorificadores españoles, el más serio y el mejor inspirado, el R. P. Fr. Martin Sarmiento, religioso benedictino.

Otra labor interesantísima nos queda por hacer en Galicia respecto de Cervantes, y es estudiar lo que al gallego idioma debe en voces y en riqueza el idioma de Castilla, al que Cervantes consiguió dar su

Ateneo Ferrol
Fundado en 18

gallego apellido, pues en efecto muchos lo llaman hoy «idioma de Cervantes.»

No hacen falta grandes vigilias; basta hojear el *Diccionario castellano*, por la Real Academia española, para convencerse de que esa lengua está aún sin estudiar.—Castilla en esto, como en otras cosas, en lugar de hacer historia hizo leyenda, y nos impuso luego la leyenda como artículo de fé.

Se comprende, sin embargo, la formación de la leyenda. Es imposible estudiar bien el castellano sin haber estudiado bien el gallego (3) y de esto último no se ha ocupado nadie.

La obra que hay que hacer es ésta: estudiar el lenguaje del *Quijote*, del cual se han dicho muchas cosas y no todas exactas, á la clara luz que da el conocimiento científico del idioma gallego. La empresa es muy fácil para los literatos gallegos... que sepan su idioma. Estoy convencido de ello gracias á una observación que me he complacido en hacer repetidas veces. Los castellanos, hidalgos ó plebeyos, no entienden á los gallegos cuando estos hablan entre sí y en su idioma propio; pero en cambio el más rudo aldeano gallego entiende perfectamente todo cuanto hablan las gentes de Castilla.

No sé qué secreta relación habrá entre este hecho y la supremacia histórica y filológica del gallego sobre el castellano.—*(Aplausos).*

A continuación fué leído por el Sr. D. Pedro Arévalo el siguiente trabajo del consocio Sr. D. Federico Landrove Moiño, acerca de

Don Quijote, pedagogo

Señores:

No solamente como defensor de lo que en el tecnicismo vulgar se denominan *letras*; no tampoco como simple, endeble y paliducho defensor de los débiles y doncellas, ni siquiera como fiscal vengador de agravios no siempre mentidos, ni siempre ciertos, descuella nuestro D. Quijote cervantino, allá por los años de principios del siglo XVII.

Todos recordais mejor que yo, lo que era la España cuyo cetro ceñía el bien llamado Felipe el Piadoso. Si sus escasas ó nulas condiciones de gobernante celoso, condujeron á nuestra patria á extremos tan vergonzosos, en el orden material, como el verse en la necesidad de hacer públicas colectas por calles y plazas para buscar la difícil nivelación y ridículo sostenimiento de la Hacienda Real, ó la disputa de la soldadesca ante la perspectiva de una sopa que se repartía en

(3) La prueba está, entre mil, en los errores á cada paso cometidos por la Academia al definir muchas voces gallegas puestas en su *Diccionario* por castellanas sin perjuicio de poner también sus equivalentes en el idioma de Castilla.

Ateneo Ferrol
Fundado en 1857

los Conventos como nuestros golfos la mendigan hoy en los cuarteles, si la fuente única de bienestar y de riqueza nacional eran las *amortizadas* y los *mayorazgos*, en cambio, por inexplicable contraste de una de esas extrañas paradojas que sumen en dudas terribles al espíritu, preciso es que nos descubramos ante el asombroso movimiento intelectual de aquellos tiempos, pese á nuestra telegrafía sin hilos, pese también á nuestros armamentos guerreros, á nuestras mal llamadas prodigiosas invenciones.

Prodigiosas he dicho, en tono de ironía, y por mucho y muy grande que sea mi dolor al tener que sustentarlo, yo no puedo restar á ese ridículo adjetivo ninguno de sus oscuros tonos, ni modificar tampoco ninguna de las notas de su burlesca escala musical, de esa escala con que los clarines de los soñadores anuncian las bufonadas del siglo de las luces, preñado de sombras por doquier.

¡Quien pudiera sustentar hoy, que á todo pretendemos encontrar una solución razonada, y que el mundo es, como podré decir ampliando la frase de un señor ateneista, una gran Atenas, en la que ya los cipreses son filósofos—así lo ha dicho un escritor modernista y melenudo—y las plantas se reunen en Congresos en los que se discute la existencia de su alma vegetativa, como los hombres dudan de la racional, y los minerales sienten sin centros conductores ni receptores de la sensación, enviando quizás al dios Vulcano las largas peticiones de sus preces; quien pudiera—repito—sustentar hoy aquella opinión general del siglo XVII: «no puede llamarse caballero, al hombre poco versado en el estudio de las letras!»

¡Dichosos tiempos los de nuestra edad de oro! ¡Dichosos, sí, porque en ellos la racionalidad anímica asombraba al Universo con los resplandores de su genio, y el hombre, elemento atómico de la asombrosa creación, menos allegado á las hediondeces mundanales, estaba mucho más cerca de la voluntad de su Señor!

Yo quisiera que aquellos que de mi tésis opinen en contrario pudieran probarme en la generalidad de las manifestaciones del hombre lo profundo y grosero de mi error. Quisiera que los Astrónomos me respondiesen si hay proporción directa entre las magnitudes, perfectamente conmensurables, tiempo y ciencia, desde los años en que Galileo pronunciaba aquellas palabras: *E pur si muove.*

Yo quisiera que me mostrasen esa proporcionalidad, que indica las potencias y las producciones intelectivas, entre los descubrimientos científicos anteriores al descubrimiento de las leyes de Kepler en que descansan las modernas teorías astronómicas, y los que le han sucedido en la serie, sin fin, de los tiempos.

Quisiera, señores, observar lo propio, para congratularme, en los problemas geológicos, psíquicos, educativos, matemáticos, naturales, y mecánicos.

Pues qué; ¿hemos llegado, por ventura, á un perfecto acuerdo en las teorías que nos explican la formación de la tierra? ¿Sabemos aún

si es ó no verdadera la teoría de Laplace? ¿Sabemos cual es el principio que informa la esencialidad del alma humana? ¿No perseguimos, aún hoy, las teorías y principios escolares del *Talmud?*

¿Somos capaces, ni mucho menos, de triseccionar un arco, rectificar una circunferencia, inscribir un simple polígono regular, siquiera?

Yo renuncio á describiros, porque sería grave ofensa para vuestra gran cultura, el medio ambiente científico en que ha nacido el Quijote. Mas, conveniente será que lo recordeis para que vuestro juicio se encuentre de mi parte.

Y basta ya de exordio ó descripción rapidísima que acabo de haceros, porque no es muy difícil que consiga agotar vuestra benevolencia.

. . . . . .

Decia al principio de mi desatinado discurso que D. Quijote no descuella solamente como andante caballero, ni aún como defensor de letras y armas de los patrios lares.

Yo que jamás he tenido la desdicha de padecer de fotofobia, encuentro identidad física y moral, ambas muy perfectas, entre el señor Quijada ó Quesada del manco inmortal y la figura de nuestros pedagogos de todos los tiempos.

Recuerdo á este propósito que, cuando por primera vez posé mis miradas en las páginas del libro que hoy celebramos y he leido que *su edad frisaba en los cincuenta años, era de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro*, y que los ratos que *estaba ocioso (que eran los más del año) se daba á leer libros de caballería...* extasiándose en la lectura intrincada de *la razón de la sinrazón que á mi razón se hace de tal manera mi razón enflaquece que con razón me quejo,...* y las mil y mil atinadas cuestiones que fueran luego pasto de las llamas; cuando recuerdo que discutía largamente con el cura, escuchando las palabras del barbero, se me ocurre que D. Quijote había nacido, sin duda, para llevar sobre sus enflaquecidos hombros el revuelto saco de la pedagogía, que menos tiene de tal que de cajón de sastre ó envoltorio de trapero.

Sí, señores. No lo dudeis. D. Quijote había nacido sin duda—que esto no lo ha dicho nuestro manco lepantino—bajo una zodiacada pedagógica; y, de haber seguido los derroteros de su veneranda vocación, su preclaro nombre habría llegado á nosotros envuelto entre los delicados perfumes de la ciencia mentida, martirio eterno de padres, maestrillos más ó menos ciruelas, y maestros.

D. Quijote, en el siglo XVII ó en su anterior no es un loco con Dulcinea: es un cerebro sensato, es un sabio, es un genio.

D. Quijote, como Pestalozzi, nació pedagogo, y no andante caballero, como pudiera haber nacido un Sancho Panza ó con sus pujitos de poeta.

¿Por qué?

Me prometo indicarlo con pocos y breves, pero incontrovertibles argumentos.

Ateneo Ferrolan
Fundado en 18

La cuestión puede quedar planteada en estos términos:

¿Hubo pedagogía y pedagogos, en el siglo XVI y principios del XVII?

Ni concedo ni opongo. Ni afirmo ni niego. Ni puede decirse que sí, ni debe decirse que no. La respuesta es, por su esencia nada más, una contestación neutra, y permitidme la frase, aún cuando pueda pareceros un poco elástica.

En el siglo XVI y en principios del XVII, no hubo pedagogía, ni, por lo tanto, pedagogos. ¿Cómo, pues, pudo serlo D. Quijote?

Yo lo veo muy claro y muy sencillo. Todos sabeis que hasta principios del siglo pasado, el mundo científico se resistió, y aún se negó, á admitir esas dos palabras sin sentido ni forma sustancial, palabras hueras y, en mi concepto necias é irrisorias; pero los antiguos utopistas, como los modernos Quijotes, se han empeñado en obligarnos á darles crédito y, contra viento y marea de los sensatos se realizó el segundo milagro creador. Si no hubo ni pedagogos ni pedagogía, porque no existen, D. Quijote evidente es que no pudo ser pedagogo.

Mas, con eso y todo, lo fué.

Se llamaba pedagogo, y aún viene llamándose de este modo en nuestros días á un sér cuya parte física tiene, poco más ó menos, los siguientes rasgos característicos: estatura más bien elevada que mediana; naríz grande y afilada; rostro pálido y enflaquecido por las vigilias; largo jubón de codos zurcidos ó mal remendados; pelo descuidado, áspero y mugriento; maneras bastantes descorteses cuando los vientos de la vida no son favorables á sus ideales; ojos hundidos por las miserias, y una altivez de presencia tan ridícula como la no menos vulgar actitud de la persona rebajada. D. Quijote, según antes he manifestado, pudiera servir de modelo y aún de retrato.

En la parte moral, la identidad es perfecta: lenguaje bufo y pedantesco; afán de argumentar con tono doctoral y ceremonioso; amigo de pendencias y descomunales batallas de las que salen ambos muy mal heridos y no menos magullados; aficiones caballerescas; irreflexión y ceguera, gran amigo de discutir lo que no entiende, y enamorado tiernamente de su sin par Dulcinea, la *candorosa* é *inocente* pedagogía.

Renuncio á señalaros las infinitas analogías que guardo en el arsenal de mi conciencia, porque me haría, nó poco ameno, que raras veces lo es quien analiza la verdad,sinó interminable,pesado y soporífero.

Y paso á señalar algunas citas que, si no se os ocurren de gran provecho, os resta tan sólo el lamentarlo y á mí el sentimiento de no poder ofreceros ni más sabrosos frutos ni mejor aliñados condimentos.

Capítulo V.—«... sepa vuestra merced, señor don Rodrigo de Narváez, que esta hermosa Jarifa que he dicho, es ahora la linda Dulcinea del Toboso, por quien yo he hecho, hago y haré los más famosos hechos de caballerías que se han visto, ven ni verán en el mundo... etc».

Capítulo XVII.—«Hablara yo más bien criado si fuera que vos, ¿úsase en esta tierra hablar desa suerte á los caballeros andantes, majadero?»

Capítulo XVIII.—«Donde se cuentan las razones que pasó Sancho Panza con su señor Don Quijote... etc.—Párrafos 2.º, 4.º, 5.º y 6.º»

Capítulo XXII.—«De la libertad que dió Don Quijote á muchos desdichados... etc.»

Capítulo XXIX.

Capítulo XXXVIII.

Capítulo XLIV.

Capítulo XLIX.

Y, salvo ligerísimas y muy contadas excepciones, podemos asegurar que D. Quijote se presenta siempre en la caballeresca escena para demostrar con su presencia, sentimientos, actos, defectos y palabras, que nació bajo la influencia de una zodiacada pedagógica, y que, á no ser el amor infausto, habríamos aprendido de él grandes principios educativos.

Por otra parte, yo me atrevo á asegurar con el Sr. Azcárate, que D. Quijote ha sido el educador de Sancho, del Sancho inculto, sucio, mal oliente y sin las más ligeras condiciones que debe reunir un escudero.

Voy á terminar, porque no sé hasta qué punto me es permitido el extenderme y no sea que, sin quererlo, venga á caer en la injusticia.

Yo sólo habré de haceros una recomendación: leed entre líneas, que cuando se tiene esa vuestra cultura que yo os envidio bien puede uno permitirse no hablar en necio.

Y si no me entendiérais, lamentaré toda mi vida el tiempo perdido.

No le disputeis á D. Quijote la corona de pedagogo.—He dicho.

—

Seguidamente el Sr. D. Rodrigo Sanz leyó el siguiente trabajo original:

Algún comento sobre el Quijote

Señores:

Tuvo el Quijote un objetivo bien concreto; pues Cervantes en él, como finge que le dice aquel amigo discreto y bien entendido que le halló imaginativo y suspenso «con el papel delante, la pluma en la oreja, el codo en el bufete y la mano en la mejilla,» pensando lo que diría por prefación de su libro, llevó «la mira puesta en derribar la máquina destos caballerescos libros, aborrecidos de tantos y alabados de muchos más», juzgando que «si esto alcanzase no habría alcanzado poco».

Ateneo Ferrol
Fundado en 18

Y alcanzólo, en efecto, presentando cifradas en D. Quijote, pero en eficacísimo ridículo, los pasos y aventuras de las historias de andante caballería, familiares entonces á todos, á quienes las repugnaban por insanas y á quienes las amaban como pasto favorito de sus lecturas.

Era vulgarísima esa Literatura: no sólo el público que leía, sino el analfabeto, sabía de memoria la vida y hechos de los Amadises, Palmerines, Tirantes y Artuses, sus hazañas, sus misterios, sus persecuciones y triunfos, sus señoras y escuderos. De este público, una parte comprendia lo insano de tal Literatura, que enloquecía y apartaba de la vida real; y esta parte se hallaba en expectación y anhelo aguardando por el escritor que salvase y redimiese de tamaña peste, que parecía, en sus efectos, un pecado original literario. Y Cervantes fué el esperado y deseado.

Entre tantos otros que, como los profetas hebreos, levantaron su voz tonante contra las caballerías, él fué el suave de palabra que por novísima manera las hizo desvanecerse por sí mismas. Como aquellas historias enloquecían y dementaban á sus devotos, haciéndoles vivir en otros mundos, él imaginó un devotísimo de ellas, por ellas dementado y enloquecido y que en otros mundos vivía... y le puso á andar por éste. Y las burlas y palos que el buen Quijano padecia, los dislates que cometía, las impotencias que tocaba, las injusticias y males que dejaba en pié despues de estrellar contra ellas, en ridículo triste, sus bríos y ánimo esforzado... eran burlas, palos, dilates, impotencias, ridículo y triste figura que retrucaban en el alma y entendimiento de los lectores devotos de caballerías, que en Don Quijote hallaban un espejo en que se reconocían sin quererlo. Y al retrucar cumplían el *similia similibus*; y eran aquellos retruques como benéficas duchas, de terapéutica poderosa contra aquella vesania y extravío, contra aquella enfermiza afición de que tantos estaban tocados y á tantos había vuelto Quijanos decadentes hacia Quijotes.

Dióles Cervantes por el gusto para llegar á quitárselo. En D. Quijote cifró— repito—las fantasías de los caballeros de las historias, y en Sancho las gracias escuderiles; y los lectores encontraban paladar á aquella historia, quizás nó por ella, sino por la memoria y gusto constante que les traía de las otras que les tenían encantados y ganados; y así leían y proseguían el libro. Mas conforme lo proseguían, iban viéndose en ridículo ante sí propios, y el encanto se iba deshaciendo en su ánimo; porque el germen y parte sana de su mente se les iba levantado en su interior, y, sin que nadie les flagelase, iban sintiendo el flagelo poderoso de su secreto ridículo... Y al acabar de leer la primera parte del Quijote, la semilla estaba prendida ya; y aquellos lectores ya quisieran que no hubiese libros de caballerías para no tener de pensar en ellos, ni hallarse, por asociación de ideas, con su ridículo otra vez. Y, deseando ya que no los hubiese habido, incoada por esta vía la regeneración de su gusto, por la sensación amarga del ridículo, empezaron á no leerlos, á no recitarlos, á no

Ateneo Ferro
Fundado en 19

alabarlos... y poco á poco—nó en muchos años—las ediciones de libros caballerescos, antes frecuentes y fecundas, se hicieron raras y estériles, y las del Quijote fueron ocupando su plaza. Porque el Quijote era el sucedáneo saludable de las insanas caballerías, teniendo de ellas lo que en ellas se halla de ideal y levantado, y teniendo de propio la triaca suave contra lo fantástico y extraviador y vesánico de las caballerías...; y el público, que en el Quijote veía claro el diagnóstico de su enfermedad literaria, en el Quijote buscaba tambien por instinto su remedio y terapéutica. Aun odiándolo, aun leyéndolo para desacreditarlo, á lo que se llegaba era á maldecir de un odio que huía, y á luchar contra un interior acreditamiento que se entraba...

El Quijote alcanzó su propósito; y hace mucho tiempo que ya no tiene lecturas caballerescas que desterrar. Por tanto ya no puede ser leído como libro de lucha y de ocasión; porque su victoria terminó la una y acabó la otra. Y sin embargo se le sigue leyendo y admirando... ¿Porqué ésta supervivencia al logro de sus miras?

Hace muchísimos años que la peste de las caballerías ha desaparecido; casi casi hasta su memoria. Son otras enfermedades, otros extravíos los hodiernos del gusto literario, que tambien nos apartan de la realidad á riesgo de dementarnos por otro estilo y manía. Antes era la manía de lo hazañoso y lo duro, y hoy es la de lo muelle y voluptuoso; antes la de las armas, las aventuras, la fé esforzada y heróica, con contrapeso de amores platónicos y sublimados; y hoy la del ocio, el regalo, el tédio cómodo y burgués, con contrapeso de amores sensuales y realistas. Hoy es la manía de los *perfumes*, el *armiño* y la *seda*, del *rosa*, *blanco* y *azul*, los *cisnes de ala eucarística*, los *lirios* y *menúfares*, la música vaga y sedante... todo lo que acaricia y adormece el sentido y convida al ensueño de una modorra y semivigilia de la cual sólo para cantar besos y abrazos de lúbrico gastado que busca reactivos á su voluptuosidad embotada, se quiere despertar para volver á dormitar enseguida... Por fortuna, esta aberración literaria no ha de necesitar otro Cervantes; porque la que Cervantes contrastó llevaba á la locura, y ésta lleva á la idiotez; y el público puede loquear, pero nó idiotizarse. Si aquella peste exigía un salvador, para esta otra ha bastar la *vis medicatrix* y el instinto del vivir y de no morirse de inanición y vacío...

Pero quería decir que como hoy estamos curados de aquel mal de las caballerías y olvidados de aquella pugna y cruzada de las historias caballerescas, el Quijote tiene hoy forzosamente que leerse sin aquel anhelo y con otro muy diferente interés con que se leía cuando apareció como medicina y como bandera. Y no es otra la razón de que á los espíritus superficiales, á muchos que saben leer las palabras pero no deletrear las ideas, les parezca el Quijote un *soponcio* (y perdonadme el término, pero es el que oí hace años á cierta persona de quien no podía esperar tal juicio del Quijote). Sí, Sres; para quien vaya á buscar en ese libro el interés de los sucesos tan sólo, un inte-

Ateneo Ferrol
Fundado en 18

rés como el que le inspiran las peripecias extraordinarias de un folletín ó los capítulos crudos de una novela realista ¿cómo ha de ser gustosa una lectura en que los episodios y personajes, la acción y la narración, los hechos y los dichos son del siglo XVI, y en que la sátira finísima del contenido no puede saltar al entendimiento de un lector del siglo XX, ignaro, gracias á Dios, en caballerías, y á quien, por tanto, no se las trae al paladar la alusión ó imitación constante que de ellas son los hechos de D. Quijote y Sancho?

¡Qué se le ha de hacer! Hay míopes del entendimiento como de la vista. Y la esperanza es que son miopias muy dispares por su origen y proceso, y que si la de la vista aumenta con los años y se extiende con las generaciones que menoscaban sus ojos en una excesiva lectura, la del entendimiento mengua con los años y se reduce con las generaciones que van perfeccionando su mentalidad en un ejercicio creciente de educación literaria.

Porque el Quijote alcanzó su intento hace ya siglos; y sin embargo, cumplido ya su objetivo, dura todavía y perdura en el cariño de la Humanidad, que lo sigue leyendo apasionada, mientras las caballerescas historias yacen olvidadas, leídas sólo á título de fría erudición. Y es, Sres., que el Quijote, sin tener otro designio que el declarado insistentemente por su autor, al principio y al fin, en la prefación y en la despedida, lo cumplió con tal superabundancia de fuerza, con tal prodigio de invención, pensamientos y lenguaje, con tal maravilla de entendimiento y riqueza de concepción y de expresión, que es una fuente inagotable de comento, estudio y útil atención para todo temperamento y edad, del niño al anciano y del risueño al melancólico.

En cualquier ocasión, en todo tiempo
dió Cervantes en el Quijote, no sólo pasatiempo que divierte, sino motivo de reflexión que vigoriza, de atención que ilustra, de estudio que intriga, de observación que place, de emoción que edifica, y de cien y cien estímulos diversos del sentir y el pensar. Y el Quijote no es una novela de entretenimiento, sino un libro de sabiduría en que la mente humana puede abrevar sin fin durante la vida de cada hombre y de todas las generaciones... porque es fuente de maravilla, en que el raudal no se ve, pero viene á la boca con la abundancia que se quiera, de tal modo que primero faltará la sed que el agua para saciarla...

No repetiré lo que dicen de la causa de este fenómeno singular, quizá no explicado bien aún en toda su extensión. Dicen que como la naturaleza humana es una mixtura y unidad de Quijote y Sancho, de impulsos generosos y retrancas egoistas, de nobles conatos y necesidades groseras, de anhelos divinos y limitaciones animalescas, el Quijote no puede jamás perder actualidad, porque es un análisis de nuestra naturaleza, un diálogo y acción entre las dos partes y personas que todos llevamos con nosotros; de modo que en Sancho halla-

mos aviso y advertencia contra ímpetus y fantasías cuando nos domina y posee nuestra personalidad quijotesca; y en D. Quijote hallamos ejemplar y ánimo contra desmayos é inercias cuando nos posee y predomina nuestra personalidad sanchuna. Y así, como de contínuo nos estamos conociendo y reconociendo en ese libro, ya en Quijote, ya en Sancho, en quienes vemos separados y contrapuestos los dos antitéticos yoes de que nuestro yo está hecho... es perenne el interés de contemplarlos; porque en ellos nos contemplamos analizados á nosotros mismos, y sin esfuerzo, sino con recreo, sin Filosofía penosa que hacer, sino con Arte encantador que paladear sencillamente.

¡Será Sres.! Debe ser esa la causa profunda, ya que nó la causalidad completa, del fenómeno. Pero imaginaos ahora la habilidad y talento... digo mal, digo muy mal... la felicidad y el genio con que Cervantes ha hecho ese análisis de la naturaleza humana y le ha dado forma artística en una acción novelesca, y decidme si la razón última de la supervivencia del Quijote, su novedad constante para las generaciones y su inmortalidad en la memoria y cariño de los humanos, no es la riqueza milagrosa de observación fina, de penetración genial, de rectitud sin tacha y de criterio sólido que un super-hombre, una criatura dotada en cifra de cuantas excelencias es capaz nuestra naturaleza y depurada por ende de cuantas limitaciones no nos son esenciales, fué acaudalando en cincuenta trabajados años de accidentadísima vida, para luego ofrecérnoslo elaborado, en fruto dulce y sabroso, con la ocasión de un empeño mucho menor que sus facultades, aunque mucho mayor que las de otro que no fuese Cervantes... Cervantes, el producto selectísimo tal vez de las múltiples razas que en este solar de España han cruzado y confundido sus aptitudes; el español de mente equilibradísima y sana, habitadora de un cuerpo sano, que estudió más aún que por libros por viajes, recorrió su patria, los dominios europeos y africanos de su patria y lo mejor de Europa, tuvo oficios varios y más varias penalidades sufrió en ellos, trató mil gentes, observó mil sitios y costumbres, y allá en el depósito de su memoria fidelísima, y pasados por el tamiz de su criterio exactísimo, fué almacenando y seleccionando tesoros de pensamiento que al final de su vida vertió y tradujo en tesoros de un lenguaje que acertó á ser el castellano—nó por acaso, sino por su porqué—para gloria de esta Nación que del castellano habia de hacer su idioma y de Cervantes su mayor hijo...

Yo, Sres., que, como tantos, he leído el Quijote con la primera lectura del niño que busca sus aventuras, episodios ó escenas de risa, la aventura de los molinos de viento ó de los leones, el episodio del cautivo ó de las bodas de Camacho, la escena del manteo de Sancho ó de su comida bajo la inspección del doctor Pedro Recio; que lo he leido tambien con la segunda lectura del mozo que busca sus bellezas literarias, la música del lenguaje, la gracia del diálogo, la viveza de las descripciones, la majestad de los discursos y la fluidez

Ateneo Ferrol
Fundado en 18

del estilo; y que quizá lo leo ya con la tercera lectura del hombre hecho, que busca su filosofía y enseñanza en todo orden, desde lo que sólo es curiosidad intelectual á lo que es fortificación y nutrimento del espíritu en cada capítulo que se considera, cada párrafo que se reflexiona ó cada pensamiento que se medita... yo soy un admirador, como tantos otros, de ese libro admirable, fuente de maravilla—repito—donde se puede abrevar la mente por toda la vida.

Y, en mis admiraciones, he solido poner por escrito muchas impresiones de toda clase que su lectura, seguida ó salteada, me ha ido sugiriendo en ocasiones muy diferentes. De toda clase digo; porque soy aficionado á todo saber, y porque el Quijote es una enciclopedia, un libro de sabiduría.

Y al aportar mi arena para el tributo de nuestro Ateneo á Cervantes, en esta ocasión señalada del tercer centenario de la publicación del Quijote, en este juego olímpico á la moderna que estos días reune á la España intelectual en una común admiración de que, Dios mediante, ha de salir adelantada la idea de patria española, como de los juegos olímpicos salía adelantada la idea de comunión helena..., al aportar mi arenita, os traigo de lo que podía y tenía: dos ó tres comentos sobre dos ó tres capítulos y pasajes del Quijote. Los he entresacado de mis notas, procurando escogerlos tales que pudiesen seros agradables; y habiendo hallado estos dos ó tres que requerían ó permitían leeros algún capítulo ó pasaje del libro inmortal, por ellos me he decidido, pensando que al menos vuestro interés de escuchar ó repasar una vez más la prosa de Cervantes no podía faltarme. Fuera de este buen motivo de la elección, todo lo demás no valdrá nada.

Pero digo mal: algo valdrá. Valdrá el entusiasmo y la emoción patriótica con que, venciendo la vergüenza de mi pequeñez, vengo á deciros: ¡Viva en nuestra veneración el gran Cervantes! ¡Sea el culto del Quijote uno de los mayores lazos de las almas españolas! ¡Fiemos en que venerando á Cervantes y su obra nos fortalecemos como nación y hacemos algo de muy positivo en la obra de volver á España grande y honrada en el mundo! *(Aplausos entusiastas).*

—

Seguidamente el Sr. Sanz dió lectura al capítulo XV de la primera parte, «donde se cuenta la desgraciada aventura que se topó Don Quijote en topar con unos desalmados yangüeses;» haciendo reparar, para luego comentarlo, el pasaje ó trozo siguiente del mismo:

«... Los yangüeses, que se vieron maltratar de aquellos dos hombres solos siendo ellos tantos, acudieron á sus estacas; y cogiendo á los dos en medio comenzaron á menudear sobre ellos con gran ahinco y vehemencia. *Verdad es que al segundo toque dieron con Sancho en el suelo, y lo mismo le avino á D. Quijote sin que le valiese su destreza y buen ánimo, y quiso su ventura que viniese á caer á los piés de Rocinante, que aun no se había levantado; donde se echa de ver la furia con que machacan estacas puestas en manos rústi-*

cas y enojadas. Viendo, pues, los yangüeses el mal recado que habian hecho, con la mayor presteza que pudieron cargaron su recua y siguieron su camino, dejando á los dos aventureros de mala traza y de peor talante. El primero que se resintió fué Sancho Panza; y hallándose junto á su señor, con voz enferma y lastimera dijo: ¡señor Don Quijote! ¡ah! señor D. Quijote!...»

Terminado el capítulo, el Sr. Sanz leyó el siguiente comento:

«Es de una fuerza cómica superior este capítulo, ó este floron, mejor dicho, de la joya riquísima del Quijote. El diálogo que amo y criado sostienen, de bruces en el suelo, y nó por gusto sino por pura necesidad de su molimiento y de dar tiempo, con la conversación, á tomar ánimos, es chistosísimo, hasta morirse de risa, por una y otra parte. Por parte de Sancho: con sus querellas y reniegos y humor apocado, pensando en bizmarse, en no sacar jamás la espada ni meterse en otra refriega, en la culpa increíble de Rocinante, *persona tan pacífica como él,* en las cosechas de estacazos que da esto de la caballería andante; y en fin probando á levantarse entre treinta ayes, sesenta suspiros y ciento veinte pésetes para quedarse «agobiado» y encorvado sin poder enderezar el cuerpo. Por parte de D. Quijote: con sus consolaciones y resignamientos y humor animoso; imaginando que fué castigo de haber sacado espada un caballero como él contra canalla y gentuza, y determinándose á dejarlo para otra vez á Sancho, y esto por bien de entrambos; y persuadiendo á Sancho que hay que ser hombre de valor si se quiere gobernar una ínsula; y recordando las tribulaciones de Amadís y del Caballero del Febo, para sacar é inferir que á él los yangüeses le molieron pero no le afrentaron, porque le dieron con estacas pero nó con armas; y cohonestando, en fin, su necesidad de ir en borrico, y aun atravesado, con su dignidad de caballero, que no perdería, cierto, por llegar así á un castillo donde ponerse en cura de sus lesiones.

Y si sabrosísima es la plática que hace el cuerpo del capítulo, gráfico y salado es su comienzo y cabeza con el suceso, «que la suerte y el diablo ordenaron», de los devaneos de Rocinante; ni es fácil imaginar paso más hondamente cómico que la escena final, pintada en cuatro frases, cuando Sancho encorvado, y llevando al asno del cabestro, á Rocinante de reata, y á don Quijote á mujeriegas sobre el rucio, se entra en la venta «sin mas averiguación con toda su recua»..... Y todo narrado, descripto ó dialogado con una fluidez y natural dimanación de conceptos que encanta.

Mejor dicho, nó todo. Porque se nota una ruptura y desencaje del discurso, una falla, así como lañada con desfalco de sustancia, en el pasaje que hace tránsito entre las dos partes principales del capítulo, entre el suceso del apaleamiento y la plática de los tristes apaleados. Y esto es cabalmente el asunto del presente comentario; pues he dicho cuanto antecede queriendo tan sólo venir á exponer una sospecha mía de que ese pasaje está trunco y faltoso, y á trazar el remedio

Ateneo Ferrol
Fundado en 18

para quitar esta manquedad é imperfección á capítulo tan redondo y feliz.

Al leer el pasaje, yo noto una incongruencia, una extrañeza en su ilación; yo advierto sin querer que falta en él aquel eslabonamiento sólido y fácil con que Cervantes desenvuelve las ideas en su prosa fluidísima, como un caudal y corriente que no se embalsa, ni entorbellina, ni embaraza nunca, sino que en cada párrafo corre siempre sereno y libre. Y si el puro hábito del estilo de Cervantes es quien me avisa aquí de alguna anomalía, luego la reflexión y el atento exámen quieren darme razón del aviso fundando la sospecha de que aquí se saltaron algunos renglones; que el original de Cervantes decía algo más, y que, saltado este algo por errata ó por conflicto de ajuste de planas, ó por pérdida de la cuartilla ó apuntación manuscrita, Cervantes, «tan hecho á romper y atropellar por dificultades mayores», desenfadada y brevemente remedió el mal lañando los cabos de dos cláusulas ó párrafos cuyo intermedio no parecía ó no era ya cómodo de intercalar y poner impreso en su sitio.—Bien veo que mucho imaginar es ésto; pero en quien forma una sospecha es natural querer darse cuenta minuciosa de lo sospechado y explicarse como pudo ser ello de todo en todo. Y sin pretender—claro está—hacer problable una explicación tan concreta, veamos al menos las razones esenciales de mi aprehensión y parecer de que el pasaje está trunco.

Después de decir que los yangüeses comenzaron á menudear sobre Sancho y D. Quijote con gran ahinco y vehemencia, continúa el texto: «Verdad es que al segundo toque dieron con Sancho en el suelo».—Ahora bien; ¿qué puede esperarse después de esta prevención *verdad es*, sino un cierto contraste ó diferencia, por ejemplo que don Quijote se defendió mejor y más tiempo, con resistencia y aguante mayor, aunque inútil al fin, porque era uno contra veinte? Pues, sin embargo, se dice que «*lo mismo* le avino á D. Quijote», como si también al segundo toque hubiese caido; cuando la natural expresión sería: «y otro tanto le avino *al cabo* á D. Quijote, sin que le valiesen su destreza y buen ánimo». Vease la diferencia con solo añadir *al cabo*.

Pero este detalle no es más que el principio de las extrañezas del pasaje. Continúa éste: «y quiso su ventura que viniese á caer á los piés de Rocinante, que aun no se había levantado».—¿Qué puede esperarse ahora sino la explicación de esta *ventura*, mala probablemente, por ejemplo que Rocinante, espantado y pataleando por levantarse y huir, alcanzó con sus pezuñas á D. Quijote para mayor desdicha? Y sin embargo, ni aquí, ni ya después, queda en nada la ventura, (mala ó buena, porque ventura es un *vocabulum medium)* de haber caído D. Quijote á los piés de Rocinante.

Y sigue el texto incontinenti: «donde se echa de ver la furia con que machacan estacas puestas en manos rústicas y enojadas».—Dice *donde*, esto es, *en lo cual*. ¿Pero en qué? ¿en no haberse Rocinante

levantado aún? ¿en haber caido á sus piés Don Quijote? Si acaso, será lo primero; pero aun tal referencia sería bien poco feliz, y relevante para nuestro interés por los apaleados; cuanto más que Rocinante no había sido el verdaderamente *machacado* por las estacas de los veinte yangüeses; ni tampoco las manos enojadas en términos de furia lo estaban propiamente contra él, sino contra D. Quijote y Sancho, de modo que donde lógicamente se vería esa furia debía ser en la situación y lástima en que amo y criado quedasen tendidos.

¿No parece y no está viéndose que hay aquí una laguna, y que falta quizá una cláusula entera en que, despues de explicar la malaventura de Don Quijote en caer junto á Rocinante, se señalase y describiese por algún efecto el *ahinco* y *vehemencia* de los yangüeses en apalear á los dos desdichados, diciendo por ejemplo que se hartaron en ellos hasta dejarlos tendidos y sin sentido, despues de lo cual es cuando, por epifonema, cae bien el *donde se ve la furia con que machacan estacas puestas* etc.?

Y por otra parte ¿á qué *mal recado que habían hecho* puede aludirse á continuación sino es al de dejar como muertos á los maltratados, que es como se explica que «*con la mayor presteza* cargasen su recua y siguiesen su camino», temerosos de que aquéllos viniesen á fallecer efectivamente?

Y aun diré que así es como tiene expresión el verbo *resentirse* y como se comprende el llamamiento repetido de *¡Don Quijote! ¡ah mi señor Don Quijote!* con que el primero á resentirse empezó á comunicarse con el otro.—Es que resentirse valdría aquí por cobrar el sentido, salir del aturdimiento. Entiende Clemencin, según nota suya que estoy viendo, que resentirse es aquí *empezar á dar muestras materiales de dolor*; con que si empezaron despues de marchar los apaleadores, señal que éstos los dejaron sin habla ni conciencia. Tanto más, cuanto que *resentirse*, segun su extructura gramatical, significa *volver á sentir*, *sentir de nuevo*.

Y así Sancho repite el llamamiento á su amo. Porque Don Quijote no le oía, y Sancho hubo de llamarle varias veces para avivarle el sentido, que en ambos volvió con la voz doliente y débil de quien sale de un desmayo.

Más aún. Vemos en el capítulo XVI que aquella misma noche don Quijote perdió el sentido con aquella gran puñada y pateo subsiguiente del arriero de Arévalo. ¿Y no lo perdería, con tanta causa por lo menos, con la paliza ó machacadura furiosa de los yangüeses?—Del capítulo XVII resulta que en el tiempo que tardó el cuadrillero en encender luz y traerla, mejor dicho, desde que entró en el camaranchon, atraido por el ruido, y tentó á D. Quijote y lo creyó muerto porque no se meneaba, hasta que luego volvió á entrar con el candil encendido trabajosamente en la chimenea, «ya había vuelto de su parasismo Don Quijote, y con el mismo tono de voz con que el día antes había llamado á su escudero cuando estaba tendido en el val

Ateneo Ferrol
Fundado en 18

de las estacas, le comenzó á llamar diciendo: Sancho amigo ¿duermes? ¿duermes Sancho amigo»... He aqui nuevas minucias confirmatorias de mi sospecha. *Con el mismo tono de voz* hablaba porque de la misma privación ó *parasismo* salía. Repetía *¿Sancho duermes?* (y ahora nó porque Sancho no le oyese sino porque no tenía humor de contestarle) como Sancho había repetido la víspera *Don Quijote, señor Don Quijote.* Y hasta el descuido de decir *como había llamado el día antes á su escudero* (pues éste era quien había llamado á su señor) señal es de negligencia y como despego con que Cervantes miró el pasaje que vengo sosteniendo que está estropeado; como si le hubiera dado enojo y le fuese ingrato remirarlo para concertarlo cuidadosamente con lo que había de decir.

En resolución, creo bien indiciado que el pasaje está trunco; y voy á atreverme á reconstituirlo segun la composición de lugar que dejo expuesta. Es un gusto y satisfacción que quiero darme de leerlo sin que me choque; como quien, en un preciado plato de arte, desperfeccionado por un desportillo, suple la falta como mejor puede con una pasta parecida y pintada con las líneas y dibujos que á su parecer debían estar en la parte desportillada; todo por no disgustar y mal impresionar la vista contemplando el hermosísimo plato con su lastimosa falla.

Leo, pues:

...«Los yangüeses, que se vieron maltratar de aquellos dos hombres solos, siendo ellos tantos, acudieron á sus estacas; y *cogiendo* á los dos en medio comenzaron á menudear sobre ellos con gran ahinco y vehemencia. Verdad es que al segundo toque dieron con Sancho en el suelo; *pero también al cabo* le avino lo mismo á D. Quijote, sin que le valiese su destreza y buen ánimo. Y *quiso su* ventura que viniese á caer á los piés de Rocinante que aun no se había levantado; *el cual, con el espanto y voluntad de huir, en su pataleo y revuelcos alcanzó á su amo con las pezuñas más de una vez, maltratándole más aún. En resolución, amo y criado quedaron en breve tendidos en el suelo, sin habla ni sentido, en forma que á los desalmados que aun seguían golpeándolos se les representaron muertos ó cerca de ello, como por su quietud parecían;* donde se ve la furia con que machacan estacas puestas en manos rústicas y enojadas.—Viendo, pues, los yangüeses el mal recado que habían hecho, con la mayor presteza que pudieron cargaron su recua y siguieron su camino dejando á los dos aventureros de mala traza, y *aun* de peor talante *cuando se recobraron.* Y el primero que se resintió fué Sancho Panza..... etc.»

Ahí tenéis como reparo el desportillo de mi precioso plato del capítulo xv de la primera parte del Quijote; que mío es cuando lo leo. Ved si la reparación os place y si queréis tomarla para cuando leais el capítulo y el plato es vuestro.

Y he dicho, señores; que otra noche, ya que ésta pasa de la media, y que aun tenemos, según noticias, algo más que dedicar á Cervantes

en una segunda sesión, continuaré con los otros comentos ofrecidos si es que con éste no os he cansado y sido molesto.—*(Aplausos.)*

—

Y el Sr. Presidente, congratulándose del acto, y mas aún de que el Ateneo vaya á dedicarle una sesión más celebrando, si nó un novenario de ellas como el glorioso Ateneo de Madrid, dos al menos, en honra del Quijote, dió la reunión por terminada y á continuar el próximo sábado.

Ateneo Ferr
Fundado en 1

Ateneo Ferrol
Fundado en 19

XXV.—Sesión extraordinaria del sábado 13 de Mayo del 1905.

CONTINUACIÓN DEL HOMENAJE AL QUIJOTE

Trabajos leídos de los Sres. D. Alfredo de la Iglesia (discurso), D. Ricardo Neira (idem) y D. Rodrigo Sanz (comento).

Abierta la sesión por el Presidente general, Excmo. Sr. D. Andrés A. Comerma, el de la Sección de Letras, Sr. D. Alfredo de la Iglesia leyó el siguiente discurso acerca de

Cervantes y Avellaneda

Algunos ateneistas y otras personas que no lo son, hánme dicho estos dias que no conocen el Quijote de Avellaneda y hánme preguntado mis impresiones y noticias acerca de este libro: tal ha sido la causa de que, aunque modestamente, á la ligera, sin pretensiones de estudio crítico, ni de paralelo entre ambas obras, se me haya ocurrido trazar algunas impresiones que sugiere la lectura del tan merecidamente olvidado y desconocido libro, con lo cual quizá consiga no se le dé excesiva importancia y sirvan sus prendas para hacer más relevantes las del verdadero D. Quijote.

Creo que si otras razones no hubiese para sacar hoy á plaza la Segunda parte del Ingenioso Hidalgo por el falso Alonso Fernández de Avellaneda; el vengar las injurias hechas de modo desleal y traidor por quien no tuvo valor bastante para atreverse á lidiar cara á cara con el manco de Lepanto, y el romper una lanza en obsequio de éste, sacando á la vergüenza á su osado detractor; obra nobilísima sería, pues ningún castigo mayor podría imponérsele que resucitarlo para asistir á la glorificación de su implacablemente perseguido enemigo. Si deuda de honor es la alabanza de lo bueno, deuda no menor es poner de relieve la victoria que una vez más alcanza el humilde sobre el poderoso rival, hoy que en profusión hermosísima surgen innumerables elogios de todos los centros del saber en acatamiento y honra de Cervantes. Y pues hubo un tiempo en que en antecámaras

Ateneo Ferro
Fundado en 18

y salones fué objeto de burla y chacota el inmortal autor del verdadero por el del falso Quijote; hágase hoy patente, ya que nó la venganza de tales burlas (que los muertos ni se vengan ni agradecen la venganza) el convencimiento de que, al remontarse en universal apoteosis el nombre de Miguel de Cervantes Saavedra, debe quedar en olvido, mucho más impenetrable que el cobarde seudónimo que lo ocultó, el de Alonso Fernández de Avellaneda, á quien sólo un espíritu de venganza movió á escribir la segunta parte del Quijote.

—

Desde el prólogo de la obra salta á la vista el sentimiento de odio ruín que animaba á Avellaneda, quienquiera que él fuese. Llámase á sí mismo *el menos agresor de todos* y á los dos renglones habla de las fieles relaciones que llegaron *á su mano* (la de Cervantes), y *digo mano*—añade—*pues confiesa de sí que tiene una sola*, y prosigue diciendo que como soldado *tiene* (Cervantes) *más lengua que manos*».

Alarde de cobarde valentía es éste, en quien ni da la cara, ni por vestir hábitos (pues veremos que los vestía) habría de ser capaz de presentarse ante quien tan heroico se mostró en «la más alta ocasión que vieron los siglos.»

Y no basta que afirme en su descargo que Cervantes tomó por medios de su obra el ofenderle á él «y particularmente á quien tan »justamente celebran las naciones más extranjeras y la nuestra debe »tanto, por haber entretenido honestísima y fecundamente tantos »años los teatros de España con estupendas é innumerables comedias »con el vigor del arte que pide el mundo y con la seguridad y limpie»za que de un ministro del Santo Oficio se debe esperar.»

Pues qué, si quiso aludir á Lope de Vega en el ofendido ¿faltábanle á éste como tal Inquisidor influencias suficientes para vengarse de Cervantes, poder para hacerle callar, ingenio para tomar venganza con la pluma de modo más culto y delicado que lo hizo el procaz Avellaneda?

Y no habré de insistir en negar que fué el mismo Lope de Vega quien se ocultó en tal seudónimo: ha quedado éste del todo descartado entre los diversos ingenios á quienes se ha atribuido la tal obra. Si no bastase todo cuanto han escrito Pellicer, Clemencín, D. Adolfo de Castro, D. Aureliano Fernández Guerra y otros muchos, puede verse el eruditísimo y documentado trabajo del Sr. Menéndez y Pelayo que titula *Una nueva conjetura sobre el autor del «Quijote» de Avellaneda*, publicado en 1897.

En este completo trabajo demuéstrase en resumen que ni Lope de Vega, ni Ruiz de Alarcón, ni Blanco de Paz, han podido ser autores del falso «Quijote», y se atribuyen las mayores probabilidades al Padre Fr. Luís de Aliaga, confesor de Felipe III, é inquisidor general; y no se afirma que fuese éste, porque el Sr. Menéndez y Pelayo trata de demostrar (y no deja de exponer razones muy atendibles) que el encubierto Avellaneda fué un *Alonso Lamberto*, cuyo nombre cree

Ateneo Ferrol
Fundado en 18

encontrar embebido en las primeras letras que forman el principio del Quijote de Avellaneda, el cual dice así: «*El sabio Alisolan historiador no menos moderno que verdadero.*»

Dice ser el tal *Alonso Lamberto* uno de los poetas vejados en un certamen poético celebrado en Zaragoza en 1614; poeta de poca nota, pues nada importante de él se conoce, á no ser que fuese, según piensan algunos, el mismo P. Aliaga encubierto bajo tal seudónimo; que no debía de ser la primera vez que el tal á este medio apelaba, ya fuese animado por la modestia, para que no se premiase ó alabase al confesor del Rey ni al Inquisidor General, sino al poeta (modestia muy sospechosa en quien tan ruines sentimientos manifiesta en todas las partes de su obra); ya, y sería lo más probable, por poca confianza en su esfuerzo y el temor á poner en ridículo su persona adornada de tan elevados cargos, si le tocaba uno de los vejámenes, como al Alonso Lamberto le tocó y que decía así:

A *Sancho Panza*, estudiante,
Oficial, ó paseante,
Cosa justa á su talento,
Le dará el verdugo ciento
Caballero en Rocinante.

Y nótese que al P. Fr. Luís Aliaga se le daba el mote de Sancho Panza según aparece en unas décimas satíricas del Conde de Villamediana en 1621 contra los privados de Felipe III y que empiezan:

Sancho Panza el Confesor
Del ya difunto monarca....

y que no apareciendo en el vejámen el nombre de *Alonso Lamberto*, apesar de referirse á él, hace sospechar que alguna persona importante se ocultaba detrás de tal seudónimo.

Sea de ello lo que quiera, no es mi ánimo meterme en disquisiciones acerca de quién fué el ingenio oculto bajo el disfraz de Alonso Fernández de Avellaneda, porque sería osadía enorme meter la hoz en campo espigado por tan buenos segadores y pretender cortar todavía una sola espiga: á su estudio me atengo y de ellos saco la profunda convicción de que el autor de la segunda parte del Ingenioso Hidalgo, mientras no se demuestre de modo más evidente lo contrario, fué, bajo el disfraz de Alonso Lamberto, el Confesor del Rey D. Felipe III, Fray Luís de Aliaga.

No cabe duda alguna que muchas de las desventuras del cristiano, bueno y honrado Miguel de Cervantes fueron obra de grandes y poderosos enemigos; enemigos que han sobrevivido á las cenizas del inmortal ingenio, y cuya ausencia ha sido siempre notada en sus apoteosis.

Ruín es por demás el prólogo de Avellaneda; pero su mayor ruindad estriba en que allí se hace gala de su soberbia y de la humildad de Cervantes, cual si quisiese expresar «¿Quién eres tú, insignificante escritorzuelo, que te atreves con mi alta y poderosa persona?»

Y llevado de su desatentada soberbia que hoy tiene por galardón el olvido de su nombre, acusa de manco y viejo al heroico inválido, diciendo:

«Y pues Miguel de Cervantes es ya de viejo como el castillo de San »Cervantes y por los años tan mal contentadizo, que todo y todos le »enfadan, y por eso está tan falto de amigos, que cuando quisiera »adornar sus libros con sonetos campanudos, había de ahijarlos, co»mo él dice, al Preste Juan de las Indias ó al emperador de Trapi»sonda, por *no hallar título* quizás en España *que no se ofendiera de »que tomara su nombre en la boca*, con permitir tantos vayan los su»yos en los principios de los libros del autor de quien murmura, y »¡plegue á Dios *aún le deje ahora que se ha acogido á la Iglesia y »sagrado!*.

Alude aquí, opinan todos, á que, como Cervantes censurara á Lope de Vega cuando éste se ocupaba en la pasión *más trágica*, *criminal* y *desventurada*, según palabras del Sr. Menéndez y Pelayo, dudaba Avellaneda que Cervantes lo dejase en paz aún después de haber tomado Lope las sagradas órdenes; pero yo me atrevo á sospechar que lo que desea dar á entender el siempre agresivo Avellaneda; es *que acaso ningun título del reino dejase* que Cervantes tomara su nombre en boca para dedicarle sus obras, ni aún *ahora que se ha acogido á la Iglesia y sagrado*, aludiendo á que Cervantes pretendió la toma de hábito de San Francisco y entró de novicio en la Orden Tercera en Alcalá en 1614 ó 1615 casi en la fecha en que salió el Quijote de Avellaneda. ¿Sería por huír la furia de este eclesiástico?

Verdad es que no tuvo Cervantes la moderación y cortesía con que Mateo Aleman contestó al pedantuelo Juan Martí de Valencia cuando éste publicó una segunda parte del celebérrimo *Guzmán de Alfarache* escrito por aquél; pero ¿que más moderación puede pedirse á un antiguo soldado, cuyo vehemente carácter se pinta tantas veces en sus rasgos autobiográficos, que los términos en que á tan menguados como inoportunos insultos contesta á un agresor desconocido, en el prólogo de su segunda parte? (Léase éste).

Y si no bastase tan justa como sosegada reprimenda, la buena alma y el sereno juicio de Cervantes hácele recordar al describir la muerte de D. Quijote, en aquellos momentos en que éste otorga su testamento, que en la hora de la muerte no deben guardarse rencores y añade en boca del moribundo hidalgo esta bellísima cláusula: «Item suplico á los dichos señores mis albaceas, que si la buena suerte les trajere á conocer el autor que dicen compuso una historia que anda por ahí con el título de Segunda parte de las Hazañas de D. Quijote de la Mancha, de mi parte le pidan cuan encarecidamente ser pueda, perdone la ocasión que sin yo pensarlo le dí de haber escrito tantos y tan grandes disparates como en ella escribe, porque parto de esta vida con escrúpulo de haberle dado motivo para escribirlos.»

Es verdad que Mateo Aleman, tuvo el heroismo de alabar los mé-

Ateneo Ferrol
Fundado en 18

ritos del falsario, y de hacerle justicia, aún más de exaltar las bellezas de la falsa segunda parte mucho más de lo que merecían; pero debe tenerse en cuenta que Juan Martí, ni ocultó su nombre, ni lanzó al rostro de Mateo Alemán injurias como la de recordar al viejo su vejéz, al inválido su herida recibida en defensa de su religión y de su patria.

Si no fuese fuera de lugar os relataría ó copiaría la hermosa escena en que el Sr. D. Adolfo de Castro describe la muerte de Cervantes cuando no pudiendo hablar ruega por señas al hermano visitador que le confiesa y pregunta si perdona á Avellaneda; que le traiga el tomo de la segunda parte del Quijote y habiéndoselo llevado y poniéndoselo abierto ante los ojos le señala la cláusula del testamento del hidalgo manchego. Así mueren los varones de espíritu recto: en la muerte del héroe quería Cervantes retratar lo que él deseaba para sí

—

Pero me alejé demasiado del objeto principal de mi propuesta tarea y vuelvo á él.

Todos los explotadores de famas ajenas que han escudado sus producciones tras el título de una obra conocida son providencialmente castigados, y el falso Guzmán de Alfarache—como dice un sabio catedrático—(1) lo mismo que el falso Quijote, quedan tan por debajo de los verdaderos, que nadie se acordaría de ellos si no fuera para mayor gloria de estos últimos.

Y en este concepto surgen comparaciones, sin querer, entre uno y otro Quijote.

Así como las masas sombrías que envuelven los primeros términos de algunos cuadros de Rembrandt hacen mas visible el efecto de su característico rayo de luz, que se difunde sobre los rasgos expresivos de las fisonomías; así como en ciertos cuadros flamencos, el fondo oscurísimo hace resaltar por modo más vigoroso el ambiente iluminado y centellear hasta en las pupilas de sus figuras los destellos de los vidrios de sus ventanas; así la lectura del Quijote de Avellaneda da un no sé qué de austeridad y decoro á las burlas imaginadas por Cervantes, produce una religiosa contemplación, por contraste, del espíritu de un loco sublime, de un loco sin igual, que hace que la lectura de Cervantes cause un dulce pesar, una serena tristeza, como la de los hermosos paisajes que él tan admirablemente describe; y que leyendo á Avellaneda su loco no nos inspira aquella simpatía que hizo exclamar á una sentimental escritora que nunca perdonaría á Cervantes el haberlo puesto en ridículo.

Y no se crea que el de Avellaneda es un libro absolutamente malo, no: es ingeniosa su inventiva, son variadas sus aventuras, animados sus episodios.

En él marcha D. Quijote á unas juntas á Zaragoza y su tercera sa-

(1) D. Mario Mendez Bejarano.

lida da lugar á incidentes variadísimos; tales como la exaltación de la locura del hidalgo antes de salir, que pone en riesgo la vida de Sancho, cuando se arma D. Quijote con las magníficas armas que á guardar le había dado D. Alvaro Tarfe, y quiere probarlas en su escudero.

Pero desde esta escena, una de las primeras, ya empieza á decaer el carácter de uno y otro personajes. No es D. Quijote el delicadísimo caballero que en punto de honor no cede á ninguno, no adereza sus armas como buenamente puede, tómalas abusando de la confianza con que D. Alvaro se las había encomendado en custodia y depósito. Ya no es Sancho el escudero principalmente socarrón, que recuerda á su amo, quizá pensando en su bien, la aventura de los batanes que excita su cólera: es el ruín labrador que le echa en cara, no los latigazos llevados para desencanto de Dulcinea, sino lo mezquino del salario y *más de veintiseis reales, que además de su buen rucio, le costó la burla de la caballería.*

Poco oportuno es el engolfar á D. Quijote, por consejo del cura y como medio de curación de sus locas imaginaciones, en la lectura del «Flos Sanctorum» en que las aventuras de los Santos algo y aún mucho tienen de caballería andante de la religión; pero ésto se aviene perfectamente con el desconocimiento que Avellaneda manifiesta de los fenómenos de una locura tan maravillosamente estudiada y expuesta por Cervantes, así en los rasgos de la vida como en la forma de muerte del héroe original, celebradas por médicos notabilísimos de los que alguno afirmó que Cervantes se adelantó á los conocimientos y estudios de su época acerca de psicopatía.

Desaparece en D. Quijote aquella fortaleza física que caracteriza la vitalidad nerviosa y cerebral, y que hace resistir al demente fríos intensísimos, golpes peligrosos, heridas acaso mortales en otro que no fuese loco: el héroe de Avellaneda tiene que quedarse en Ateca ocho días para reponerse de unos simples garrotazos que le dan unos guardas de un melonar.

Su locura decae en chocarrera, y así como Cervantes procura llevar á su héroe por aldeas y por ventas—que más se compadece ésto con la profesión de la caballería andante—Avellaneda llévale por ciudades en donde es mofa, ludibrio y chacota de los chicos, burla de los mozos, y objeto de las agresiones de corchetes que al fin dan con él en la cárcel pública condenado á azotes y vergüenza como el mismo penado á quien se empeñó en librar de las manos de la justicia: que tan mezquina imitación tuvo la cervantina aventura de los galeotes.

No menos decae aquel acertadísimo hablar de D. Quijote acerca de todas cuantas materias no se relacionen con la andante caballería, que es condición característica de los monomaníacos: los discursos del contrahecho Quijote son constantemente una sarta de composiciones tomadas ó imitadas de los libros de caballerías sin más relación con el hecho que las origina que la inventiva del autor. Y ¿qué dire-

Ateneo Ferrolano
Fundado en 1877

mos del loco que oye con prudencia y mesura, sin excitarse en lo más mínimo, hablar en contra no sólo del asunto de su manía, sino del caso en que se encuentra, y se deja llevar dócilmente sin protestar de la fuerza que se le hace no dejándole finalizar su aventura?

En esta parte flaquea por completo y deja ver el poco fondo de sus conocimientos y su poco espíritu observador, el bueno del fraile que encontraba sin fondo ni ciencia el argumento y desarrollo de la primera parte del Quijote de Cervantes.

Otro de los grandes contrastes entre el Quijote original y el contrahecho es la ausencia del amor en el segundo.

Y no es que no conociese el autor de éste la importancia de esta máquina en el poema, puesto que la utiliza en varios puntos; pero es el amor que á su noticia pudo llegar y por lo tanto muy pedestre; porque el encanto é idealidad de aquel amor purísimo que no podía tener heroína proporcionada, á no ser loca como el héroe; aquel amor quizá reflejo de alguna pasión sentida y no realizada jamás por quien imaginó el verdadero Quijote; aquel amor que espiritualiza al héroe y con él á toda la obra, y de cuyos suspiros quizá suene aún el eco alguna noche en algún vetusto caserón de Esquivias; aquel amor sólo podía ser pintado por el genio de Cervantes.

Hase hablado por algunos de la poca moralidad de algunas escenas de la obra de éste: pues á éstos diremos que sin entrar á analizar una por una las muchas veces que la decencia hará cerrar con enojo el libro de Avellaneda, bien podría el eclesiástico autor del falso Quijote aprender moralidad en el primero, porque no hay apenas ocasión en que no describa lances de que el naturalista Zola se avergonzaría, tales son de acentuados, y puede verse entre otros el de la moza gallega que va á brindársele á D. Quijote para pasar con él la noche por dos reales.

Y en toda la obra se ven conversaciones como la siguiente entre el hidalgo y su escudero:

«Y así quiero que, en el primer lugar que llegáremos, un pintor »me pinte en ella (la adarga) dos hermosísimas doncellas que están »enamoradas de mi brío, y el dios Cupido encima, que me está ases»tando una flecha, la cual yo reciba en el adarga, riendo dél y tenién»dolas en poco á ellas, con una letra que diga al rededor de la adarga: «El Caballero Desamorado» poniendo encima ésta, curiosa aunque »ajena, de suerte que esté entre mí, entre Cupido y las damas:

Sus flechas saca Cupido
de las venas del Perú,
á los hombres dando el *Cu*,
y á las damas dando el *pido*.

—«Y ¿qué habemos de her—dijo Sancho—nosotros con esa *Cu*? »¿Es alguna joya de las que hemos de traer de las justas?—No,—repli»có D. Quijote—que aquel *Cu* es un plumaje de dos relevadas plumas, »que suelen ponerse algunos sobre la cabeza, á veces de oro, á veces

»de plata, y á veces de la madera que hace diáfano encerado á las »linternas, llegando unos con dichas plumas hasta al signo de Aries, »otros al de Capricornio y otros se fortifican en el castillo de San »Cervantes.

»—Pardiez—dijo Sancho—que ya que yo me hubiese de poner »esas plumas, me las había de poner de oro ó de plata.

»—No te convienen á tí —dijo D. Quijote—esos dijes; que tienes »la mujer buena cristiana y fea.

»—No importa eso—dijo Sancho—que de noche todos los gatos »son pardos, y á falta de colcha no es mala manta.»

Sin fijarnos en la malignidad de citar á Cervantes hablando de cuernos, ¡cuán baja é inculta y qué poco acorde con la personalidad elevadísima del hidalgo manchego es la idea de suponer en su cerebro la hipótesis de que volvería de Zaragoza con cuernos! ¡Qué indecente la aquiescencia de Sancho á tener tales apéndices con tal que fuesen de plata y oro!

Bien se echa de ver en ello el escritor familiarizado con aquella sociedad en que—como dice nuestro ilustre paisano A. Vicenti—«aunque plebeyo el hombre, no miraba lo atañedero á la dignidad »conyugal con ojos tan benévolos como los Padillas, los Guzmanes, »los Ebolis, los Sandovales y otros ilustres caballeros... y aquel bravo »Juan Lorenzo da Cunha, que, privado de su mujer Leonor Tellez, »por el monarca portugués, anduvo el resto de su vida luciendo en el »sombrero dos lindos cuernos de plata.»

¡Cuán elevado nos parece el espíritu del autor de «El Curioso Impertinente» al considerar este ruin concepto y bajeza de ideas! ¡Cuánto más se realza su figura moral al prescindir de tan soeces medios para apurar el chiste como emplea el eclesiástico autor de esta segunda parte!

Nada eleva el espíritu la lectura del Quijote de Avellaneda, todo en el fondo de esta obra es pedestre y chocarrero, y para finalizarla de modo que armonice con sus poco elevadas concepciones, hace caer al hidalgo caballero en el ridículo más espantoso cuando le lleva por engaños, en los cuales no poca parte toma su imbécil escudero (que más de una vez vendió á su amo y se burló de él y que tanto se aparta del honradote aunque tosco y positivista Sancho de Cervantes); le lleva, digo, á parar á la casa de locos del Nuncio Viejo de Toledo, no á que muera al recobrar la razón, como muy sabiamente ideó Cervantes escribiendo la más sublime página de su obra, la más profunda la más filosófica y moral; sino á que después de ridículamente curado vuelva pobre y miserable á la Corte en donde Sancho, *que estaba en prosperidad* (por el abandono que de su señor había hecho) *le dió algunos dineros para que volviese á su tierra*, viéndole ya al »parecer asentado—dice Avellaneda—y lo mismo hicieron el Archi»pámpano y el Príncipe Perianeo para que mercase alguna cabalga»dura, con fin de que se fuese con más comodidad: porque Rocinante

»dejólo D. Alvaro en la casa del Nuncio, en servicio de la cual acabó »sus honrados días, por más que otros digan lo contrario. Pero como »tarde la locura se cura, dicen que en saliendo de la corte volvió á »su tema y que comprando otro mejor caballo se fué la vuelta de Cas»tilla la Vieja, en la cual le sucedieron estupendas y jamás oidas »aventuras, llevando por escudero á una moza de soldada que halló »junto á Torre de Lodones, vestida de hombre, la cual iba huyendo »de su amo porque en su casa se hizo ó la hicieron preñada sin pen»sarlo ella, si bien no sin dar cumplida causa para ello; y con el te»mor se iba por el mundo. Llevóla el buen caballero, sin saber que »fuese mujer, hasta que vino á parir en medio de un camino en pre»sencia suya, dejándole sumamente maravillado el parto; y haciendo »grandísimas quimeras sobre él, la encomendó hasta que volviese, á »un mesonero de Valdestillas; y él sin escudero pasó á Salamanca, »Avila y Valladolid, llamándose el caballero de los trabajos, los cuales »no faltará mejor pluma que los celebre.»

De este modo tan pedestre como poco culto termina su trapacería el falso Avellaneda.

Yo no conozco mas edición de su obra que la de la Biblioteca Clásica Española en cuyo prólogo dicen los editores que es la cuarta edición y añaden: «Sólo nos hemos permitido algunas ligeras supre»siones, imprescindibles por razones de decoro, que tenemos siempre »en cuenta en nuestras publicaciones, y que no pueden olvidarse »cuando se trata de reproducir originales de otras épocas, menos es»crupulosas que la nuestra en ciertos asuntos.»

¿Qué tal sería de decente y culto el original? Algo diera por conocerlo; aunque sobrado nos muestra el lijero bosquejo que sin pretensiones y á grandes rasgos acabo de trazar, de la enormísima distancia que va de él al espíritu sutil, culto, filosófico y elevado que campea en el inmortal libro de Cervantes. ¡Cuanto más depura y aguza el espíritu el teatro del mundo recorrido paso á paso, que las antesalas de los reyes frecuentadas vistiendo hábito!

Poco añadiré ya á lo dicho. Cervantes nada quiso imitar de la segunda parte de Avellaneda; éste imitó en repetidos pasajes hasta la forma de la primera de Cervantes; y no se me arguya que quiso identificarse con él, porque la mejor identificación sería haber comprendido el alma de sus protagonistas y principalmente de su héroe, para no falsearlas en su continuación. No imitó su estilo ni su lenguaje, que si bien no carecen de fluidez y belleza, no alcanzan ni con mucho la musical armonía y rotundidad de la prosa cervantina. Cuando Avellaneda imita es infinitamente mejor que cuando es original, y su empeño fué mostrarse original en lo que hubiera sido mejor que imitara.

Y aun sirve para algo más el estudio paralelo de ambas prosas, y es para enseñarnos que los solecismos y construcciones viciosas ó raras, que algunos han censurado en Cervantes, defectos son del ha-

Ateneo Ferrol
Fundado en 18

bla de su época y no desconocimiento gramatical del idioma, puesto que en Avellaneda se repiten con igual ó mayor frecuencia, no sólo cuando pretende imitar, sino en aquello que se reconoce como espontáneo y original.

No carece el falso Quijote de inventiva y donaire: si no hubiese existido el de Cervantes (con lo cual no existiría el de Avellaneda), dice un crítico literato, quizá gozara de tanta estima como algunas novelas picarescas de su época; pero la grosería en muchos puntos de su dicción, lo vulgar del fondo, la excesiva osadía en los conceptos, á los cuales no acierta á dar los hermosos giros y eufemismos de Cervantes, hacen que en la comparación quede tan por debajo del original, que la mejor alabanza de éste es que resulta infinitamente más hermoso cuando se ha leido antes el de Avellaneda.

Hagamos nuestras las frases de los editores últimos de éste. «Envidioso de la gloria de Cervantes quiso suplantarlo en la continuación »del «Ingenioso Hidalgo»; pero llevó en el pecado la penitencia, por»que su celebridad, si alguna ha conseguido, fué bien triste, y aun es»ta debida en gran parte al mérito del mismo á quien pretendía herir »alevosamente. ¡Singular privilegio del genio, el de inmortalizar cuan»to á él se refiere, incluso á sus propios detractores y envidiosos!.

Y es que la obra de los demoledores, de los destructores, la obra ruín de la polilla y de la carcoma, no pueden ser obras duraderas, que al destruir destruyen el elemento que les dió el ser; y si no pueden destruir ni derribar entonces la insignificancia de sus ataques los presenta más ruínes y mezquinos.

Al celebrar hoy el feliz momento en que salió á luz la inmortal obra de Cervantes, pongamos su espíritu por encima del de su pigmeo rival!—He dicho.—*(Aplausos prolongados).*

—

Seguidamente el Sr. D. Ricardo Neira leyó el siguíente:

Brevísimo discurso en que se habla de los muchos y descomunales agravios que en estos pasados días fueron inferidos al hidalgo D. Quijote de la Mancha.

«Dichosa edad y siglos dichosos aquellos» en que aun no nos había venido á las mientes la infeliz ocurrencia de celebrar con festejos nacionales la gloriosa aparición de la obra inmortal del inmortal Cervantes. Entonces corría á su albedrío por los vírgenes y fecundos campos de la imaginación la sublime figura del hidalgo manchego, que, libre desde su muerte de enemigos encantadores, concluía á su gusto las más portentosas aventuras que el más feliz ingenio pudiera imaginarse; pero toda dicha es breve, y la de D. Quijote tuvo ya su término en esta luctuosa celebración de la historia de sus hazañas,

Ateneo Ferrol
Fundado en 18

que doy como cosa segurísima que ha sido obra de alguno de los maléficos genios que aun hoy vienen persiguiendo al *Caballero de la triste figura*.

El cual genio—á lo que presumo—discurrió de esta manera: «He aquí, mi enemigo caballero, la ocasión más propicia que me han deparado ni depararán los siglos para tomar venganza del dolor con que me hiere la fama de tus aventuras; y pues la ocasión es calva, según he oído á tu escudero, y esta se me ofrece tan á mi gusto, la aprovecharé y la apuraré hasta las heces para hacerte apurar á tí tantos sinsabores, que dejarán tamañicos los que me han dado tus victorias y mis envidias.

Atiende, señor andante, á los tormentos que te esperan ¿Cuál es tu gloria? ¿cuál la causa de tu inmortalidad? El haber sido un rebelde, un divino loco, trasunto de gloriosas y pretéritas edades, que no se adapta á la suya y pasea su vida por la vida, llevando por delante un cartel de desafío contra todos los forzadores de la justicia y dando á todos los tiempos un grito de guerra contra los cobardes, los sumisos, los adaptados á las villanías de la época. Pues he aquí *caballero de los leones*, que te ensalzarán y festejarán aquellos mismos forzadores, tus enemigos; y por adaptación, sólo por adaptación, porque tu gloria está incluída en los cánones literarios, te aclamarán y glorificarán la turbamulta de adaptados, de los cuales quizá muchos, sólo tu nombre conozcan, y tal vez sin advertir de él la deleitosa y expresiva armonía.

¿Has querido redimir á la humanidad? Pues los hombres se agruparán alrededor de tí irredentos, y se mostrarán como tú los has visto, tan bajos, tan miserables, tan pequeños; son los follones mismos y malandrines de tu tiempo, que hoy como ayer—escúchame hidalgo—echan sobre tu locura y valor las culpas que cayeron bajo su imbecilidad y cobardía.

¿Te incomodaba de las dueñas su mala lengua? Pues en peor te endilgarán miles y miles de soporíferos discursos, que por fuerza has de oir, pues en estos días no toparás con nadie que por culto se tenga y no se crea en el deber de espetarte uno, cuando menos.

¿No estás enamorado de la divina historia que el divino Cervantes te compuso? Pues no te han de faltar críticos que quieran someterla á las reglas de su preceptiva, que es como si quisieran meter tu espíritu en las celdas de una cárcel, ni aún eruditos (te aseguro por mi fe) que no pongan sobre algún capítulo de ella sus manos pecadoras.

Y finalmente, D. Quijote, para que nada falte en ese desconcierto que en tu deshonor preparo, yo haré que haya quien te moteje de pedante, y con tal avilantez, que ni aun tu escudero Sancho se atreva á ponerle las manos en castigo, por temor de desdecir en alcurnia, pues al cabo y al fin, ya que estuvo á tu servicio, no es tan pequeña como algunos pueden suponer.»

Esto dijo y esto hizo el enemigo encantador del *Ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha.*—He dicho.—*(Aplausos).*

—

A continuación el señor Secretario, D. Rodrigo Sanz, leyó el siguiente trabajo:

Algún comento sobre el Quijote.

(Continuación.)

Permitidme, señores, continuar mis comentos á dos ó tres capítulos y pasajes del Quijote. Puesto que venimos á honrar á Cervantes y su libro; puesto que la fiesta patria de estos días tiene una finalidad altamente ética, que es la de reforzar nuestra conciencia nacional en el culto común de la obra maestra de nuestra literatura, pero nó de un modo pasajero mediante sólo el homenaje de unos días, sino de un modo permanente mediante el cariño y devoción habitual, nuestra y de nuestros hijos, hacia el Quijote, convertido en lectura familiar y favorita de nuestra mocedad, virilidad y vejez, de manera que los españoles podamos repetir á millares con el doctor Thebussen: *es el libro que mejor conozco* (que si bien lo supiésemos no sabríamos poco, pues él es en Literatura el que Plinio nos señalaría para concretarnos su consejo de *non multa sed multum)*... puesto—decía—que nuestra veneración cervantina debe ser ante todo interior y nacida en la conciencia del cultivo del Quijote por nuestro entendimiento; bien me permitiréis que mi acto de homenaje consista en pruebas de ese cultivo, en señales de esa atención y estudio que vengo á rendir aquí, nó por su valor intrínseco, sino por su valor de señales, como la ofrenda de la viuda, que daba el óbolo que tenía pero con el corazón y el alma.

Y sin imponerme mayor orden ni concierto, sino tan sólo una discreta extensión en lo que podría leeros, ya comienzo.

¿Recordáis el capítulo XI de la primera parte, la noche del día de la batalla con el vizcaino, la noche de aquella cena con los cabreros, á la redonda de unas pieles de oveja tendidas junto á unas chozas, sentados D. Quijote sobre un dornajo invertido, Sancho á su lado, y los demás en el suelo, comiendo todos con muy buena gana su tasajo, bellotas y medio queso duro, y bebiendo, por un cuerno, del vino de los zaques colgados á enfriar? ¿aquel capítulo en que de sobremesa D. Quijote suelta la voz á las razones de su discurso sobre la edad de oro, con un puño de bellotas en la mano que se la traen á la memoria? ¿aquél en que, acabada la rústica cena, llega el cabrero Antonio y obsequia á los huéspedes, rogado por sus camaradas, cantando aquel romance pastoril *Yo sé, Olalla, que me adoras*... después del cual, cuando Sancho ya reclama irse á dormir, todavía llega otro mozo con la noticia de la muerte de Crisóstomo, y Pedro cuenta la his-

Ateneo Ferrolan
Fundado en 18 9

toria de éste en el capítulo siguiente, á cuyo fin es cuando todos se acomodan á pasar la noche luego de convenidos en ir á la mañanita á ver el entierro de Crisóstomo?

Si que la recordáis. Porque aun nos suena en la memoria el tan citado discurso y su frase aquella que, como ejemplo de musical hipérbaton hemos aprendido todos en el epítome de la Gramática: *en las quiebras de las peñas y en lo hueco de los árboles formaban su república las solícitas* y *discretas abejas*. Y vivas están en nuestra imaginación las composiciones gráficas que á tantos artistas ha inspirado el cuadro de la cena, que Cervantes pintó primero con su pluma. Ni se nos ha borrado el recuerdo de aquel interesantísimo episodio de Marcela, que en este capítulo toma origen y que Cervantes, teniéndolo quizá concebido en su ingenio para alguna novela pastoril del género de la *Galatea*, empleó y engarzó en este lugar de la acción del Quijote con habilidad é inventiva felicísimas.

Sí, lo recordais, repito. Porque capítulos bellos tiene muchos el Quijote; pero éste es uno de los bellísimos y de los que, despues de recrearnos, nos convidan á pensar y nos regalan con suave nutrimento del espíritu.

No ya por partes es bello; por ejemplo, su comienzo, que es sencillamente un asombro de expresión y fuerza descriptiva, porque aquella cena, si fuésemos pintores, la pintaríamos porque la estamos viendo al leerla; por ejemplo, el célebre discurso, cuya primera parte es una poesía en fondo y forma que enaltece el alma con elevados pensamientos idealistas, y la segunda, desde aquello de *las doncellas* y *la honestidad andaban*.., es un hábil recaimiento cómico de Don Quijote en su locura, que nos entretiene con las cándidas ideas y expresiones del pobre maniático que de nuevo nos hace sonreir entre pícaros y compasivos; por ejemplo, aún, la canción de Antonio, que no es una anacreóntica refinada con su Filis de gabinete, sino un romance sencillo y espontáneo á una Olalla del campo, donde la rusticidad del pastor se mezcla con la agudeza del amador en conceptos naturalísimos «decorados del mismo modo que su alma los concebía sin buscar artificioso rodeo de palabras para encarecerlos», como había dicho D. Quijote...

Nó; no ya por partes encanta, sublima, entretiene ó agrada, sino que en conjunto deja su lectura atento y meditativo el entendimiento ante el contraste finísimo de caracteres de Don Quijote y Sancho, á quienes en este capítulo llegamos á conocer á fondo y definitivamente. Es pasmosa la fuerza y la naturalidad con que aquí Sancho y Don Quijote se nos insinúan en el ánimo, con sus hechos y dichos, tal como cada uno es, y ha de ser ya siempre en el decurso de la acción y la novela.

Uno y otro atienden, ciertamente, á su necesidad de comer y beber, pues D. Quijote, antes que decir su discurso, satisface bien su estómago, y no sólo con tasajo y bellotas, según se deja ver por lo que

Ateneo Ferrolan
Fundado en 1879

al final dice Sancho que *á todos nos sabe bien el vino*. Pero si amo y criado comen y beben y aun embaulan tasajo como puño el uno como el otro, (porque de alimentarse no se libra el platónico más que el epicúreo), ¡cuan de diferente modo hacen lo mismo!

Sancho desde el primer momento se va tras el olor de los tasajos que «hirviendo al fuego en un caldero estaban,» y luego quisiera pasarlos del caldero al estómago. Don Quijote atiende primero á sentar á Sancho á su lado en señal de honra.—Sancho lo que quiere es bien comer y á sus anchas, aunque sea de pié y á solas, sin mascar despacio, ni beber poco, ni limpiarse á menudo, y renuncia al honor de hacerlo sentado á par de su amo aun dándolo por bien recibido. Don Quijote se acuerda primero de fraternizar que de comer, y de las excelencias de la caballería, que á todos iguala en espíritu, que de las de la comida, que á todos repone las fuerzas del cuerpo; se ocupa de que su escudero coma en su plato y beba por donde él, antes que de tomar su plato y su vaso de cuerno.—Sancho calla y visita el zaque segundo, mientras su amo habla contemplando el puñado de bellotas; porque éstas son para D. Quijote señales que provocan su idealismo y espiritualidad, mientras que el zaque no hace á Sancho otras señales que las de convidarle, con una ocasión que no hay que desperdiciar. Para el amo, no sólo de pan vive el hombre, sino de sabiduría sobre todo; y para el criado, de esta vida sacarás panza llena y nada más... —Finalmente; D. Quijote, con la oreja herida y todo, aun no se cansa de ejercitar el espíritu y halla en la canción de Antonio descanso suficiente; al paso que Sancho rehusa más músicas y astutamente pone por pretexto de su comodidad y su deseo de dormir la necesidad de los cabreros de madrugar; y cuando D. Quijote alcanza con su penetración sagaz la sagacidad astuta de Sancho y le da licencia para acomodarse á reposar y hallar en el sueño la recompensa que piden las visitas del zaque, él por su parte declara que mejor velará que dormirá...

En fin, la delineación de caracteres está en este capítulo—repito —hecha con una maestría, con una fuerza y verdad maravillosa. Cuatro dichos y cuatro hechos fijan é individualizan y singularizan aquí para siempre las personalidades contrapuestas de los dos protagonistas del Quijote... (digo dós, porque D. Quijote no es el único sino el superior y principal). Son cuatro rasgos, pero trazados por el genio. Lo que hace y dice Sancho define una complexión, así en lo físico como en lo mental; y lo que Don Quijote hace y dice define la complexión contraria, así en lo mental como en lo físico y orgánico. Quedan ambos personajes caracterizados, singulares é inconfundibles, con esos pocos dichos y hechos; en esto encierra el capítulo su mayor prodigio, aparte el de feliz invención y de lenguaje que en todo él campea. Y el que quiera saber en que consiste la dificil facilidad de pintar caracteres en Literatura, medite esos cuatro rasgos, y no sólo los lea; que si al leerlos le parecerá que él tambien los hubiera trazado, al meditar-

BIBLIOTECA MUNICIPAL - FERROL

Ateneo Ferrolan
Fundado en 18 9

los conocerá que se lo parecía sólo porque son un dechado de perfección, mas nó porque sean una cosa sencilla de hacer más que para el Genio.

***

Y paso á otro comento.

Una frase hay, un paréntesis, en el capítulo 7.º de la 1.ª parte, que al leerlo choca, al releerlo inquieta, y al meditarlo admira. Al punto quisiera uno no haberlo encontrado en el Quijote, y le asalta el temor de una mácula, de una imperfección y lunar, de un pensamiento poco digno del alma elevada de Cervantes. Pero luego de estudiado con amor y aplicación, hállase la luz, y el alma de Cervantes resplandece aun más admirable y pura que creíamos, en el momento en que nos sobresaltaba el recelo de un humano yerro en que su clarísimo criterio hubiese caído.

Nárrase que «en este tiempo (en la quincena que D. Quijote reposó en su casa antes de su segunda salida) solicitó D. Quijote á un labrador vecino suyo, hombre de bien *(si es que este título se puede dar al que es pobre)* pero de muy poca sal en la mollera».—Ese paréntesis es el que aludo. ¡Cómo! ¿No podrá ser honrado el pobre?... He aquí la primera ingrata impresión que causa su impensada lectura.

Mas la devoción á Cervantes no nos deja seguir adelante sin meditar el punto. Y analizándolo incontinenti, tres explicaciones se nos ocurren y entre las tres nos ponemos á examinar cual debe ser la de esa frase y pensamiento, á saber: 1.ª una flaqueza del equilibradísimo entendimiento de Cervantes, si acaso juzgaba en efecto que ningún pobre puede ser honrado; 2.ª una observación de puro hecho, si acaso quiso explicar que por rareza un pobre en su tiempo era hombre de bien; y 3.ª un equívoco ó retruécano, si acaso quiso hacerlo entre hombre *de bien*, es decir, *de bienes*, *rico*, y un *hombre de bien*, esto es *honrado.*

Desde luego, ante la posibilidad de la 2.ª ó la 3.ª, debe rechazarse de plano la 1.ª; porque es justo quitar al libro que es honor y delicia del género humano toda sospecha de imperfección no demostrada. Y pues hay caminos para excusar aquí el *aliquando bonus dormitat....* se debe creer á priori que Cervantes el bueno, el óptimo, no dormía aquí, sino que estaba despierto.

Y entre la 2.ª y 3.ª, debe uno inclinarse á la última, por la misma razón que se acaba de expresar. Porque ¿es creíble que en tiempo de Cervantes, por miserables tiempos que aquellos fuesen (que para mí tengo que lo eran mucho más de lo que aquel poderío nuestro y aquel esplendor de nuestra Literatura nos hacen imaginar), que por milagro fuese honrado un pobre? Y no siendo creíble ¿lo será por ventura que cayese Cervantes en la chabacanería de juzgarlo así como pudiera cualquier comadre ó pobre vieja que cree que el mundo va perdido, ó como pudiera el filosofastro de Moratín, un D. Hermógenes,

Ateneo Ferrolán
Fundado en 1889

declamando que la ruindad triunfa entre los hombres porque somos esencialmente malos?

Pues aunque queramos pensar que Cervantes emitió ese juicio jocosamente, no salvaremos bastante la dignidad y majestad de su ingenio; porque no todo se presta al chiste, y entre ello la pobreza honrada, para que pueda ser de buena ley ponerla á risa con una inexactitud; que será escarnecerla.—Nó: la finísima discreción de Cervantes no pudo pasar por este pensamiento: ni aun este pensamiento pudo pasar ni saltear su discreción. Jamás voló su pluma por la región satírica, como el mismo dice; y no habiendo dicho nunca un sarcasmo de nadie, ni aun de Avellaneda ¿cómo había de poder pensarlo del montón anónimo de los pobres qué son honrados?

Repitamos. *Hominum est errare;* y si no hubiese más remedio que atribuir una mácula á la lumbrera que se llamó Cervantes, habría que confesarla con inconfeso dolor. Pero ya que hay remedio y salida, ya que es posible una tercera explicación, esto debe bastarnos no sólo para rechazar las otras dos por odiosas, sino para aceptar *á priori* y desde luego la última, sin excusarnos por eso de examinarla.

Y examinándola, en efecto, sólo motivos de confirmación se hallan —Ciertamente que hoy no decimos hombre de bien por hombre rico, obliterada ya la antigua sinonimia; y por esto no nos es patente el equívoco del pasaje cervantino. Pero bien podía serlo á los contemporáneos de Cervantes por quedar aún en el uso del siglo XVI suficientes huellas (ó quizá todavía lucha de acepciones) del orígen de la frase hombre *de bien* como *de bienes* ó fortuna.

¿No decimos hoy mismo que «Fulano tiene *mucho bien de Dios*» para expresar su riqueza? Pues he aqui, todavía hoy, una supervivencia y vestigio de la sinonimia *de bien* y *hacienda.*

¿No es cierto que *hidalgo* fué originariamente hijo de casa rica? Y sin embargo, el término pasó á ser adjetivo, con acepción de generoso ó noble; donde se ve que la cualidad que más se honraba en los nacidos de casa rica á saber, la lealtad, la rectitud, la generosidad que sus padres y el medio social les inculcaban, se tomó en el lenguaje como carácter y propiedad distintiva; y que despues, á cualquier hombre generoso y fiel se fué dando poco á poco por metáfora el calificativo de *hidalgo* por tener del hidalgo lo característico, aunque nó lo originario. Pues con igual proceso se llamó al principio *hombres de bien* á los *de bienes*; y como éstos soliesen ser cumplidores de sus tratos (porque hasta el tener que perder aguija los buenos procederes) vino á llamarse hombre de bien, no ya por sus bienes (acaso perdidos) sino por su honradez y palabra, al honrado aunque pobre. Y por esto, perdurando todavía el rancio recuerdo y quizás el uso aristocrático y rehacio de la antigua acepción, pedía Cervantes como un irónico permiso, para emplear la acepción nueva y democrática, diciendo: *si es que este título se puede dar al que es pobre.*

Ateneo Ferrolan
Fundado en 1879

Y nótese que dice: *si es que este título*, y nó *si es que este nombre.—Título*, nombre es; pero nombre que da honra y estima; como que su etimología está en un verbo griego que significa honrar. Hoy *hombre de bien* es nombre; primitivamente fué título de una clase social; y en tiempo de Cervantes estaba sin duda en adelantada transición de título á nombre.—He aquí la clave de la explicación del pasaje.

De modo que no fué, nó, un mero equívoco ó retruécano, sin sustancia ni enjundia, lo que movió aquí la pluma del gran Cervantes. Resulta haber sido un noble pensamiento, insinuado al pasar, para suave corrección de preocupaciones y orgullos; una amable censura y una mansa protesta contra la resistencia á llamar hombre de bien al buen hombre pobre. Fué la misma levantada intención que hoy veríamos clara y diáfana en quien dijese: «Era Juan José todo un caballero (*si se me deja llamar así á quien viste blusa*)»; es decir intención de acabar con antinomias y contradicciones sociales por las cuales llamamos caballero al bien vestido, aunque sea un vividor, y resistimos llamárselo al obrero de blusa, por prendas morales é intelectuales que le adornen....

Esa fué la intención del gran Cervantes, de aquel que ya preveía democratizado el *Don*, y con mayor motivo había de prever que, si hidalgo y hombre de bien venían pasando de sustantivos significantes de hombre rico á adjetivos calificadores de hombre generoso ú honrado aunque no fuese rico, forzosamente la evolución había de completarse y el uso consolidar su tendencia en tal sentido, prescindiendo más y más, hasta olvidarla, de la razón de origen de llamar hidalgo al hijo de casa rica y hombre de bien al acomodado sólo por serlo. Y así, ese parentesis que hoy, por estar tal evolución cumplida, tan ingratamente nos impresiona al ir leyendo el capítulo 7.º del Quijote, muy lejos de desdorar á su admirable autor, como temíamos, le enaltece aun más que podíamos creer; porque—repito—su fondo es un pensamiento eminentemente cristiano y demócrata, su forma interna una simpática ironía vestida de humilde disculpa de lenguaje, y su expresión un tendencioso equívoco, eficaz é insinuante, que logra con arte sencillo su nobilísima intención.

¡Parémonos una vez más á contenplar la mente altísima que más alta todavía se nos aparece en una ocasión en que nos inquietaba el temor de hallarla pequeña por la natural flaqueza humana! ¡Que cierto es que el Quijote es libro de sabiduría, Sres!.—He dicho.—*(Aplausos).*

—

El Sr. Presidente puso fin á la sesión, y al homenaje, expresando la satisfacción que sentía de ver aportado el granito de arena del Ateneo Ferrolano al montón ingente de estudios y glorificaciones que la intelectualidad española está acopiando estos días en honor del Quijote, y que acaso deje admirados á españoles y extranjeros cuan-

Ateneo Ferrolán
Fundado en 1879

do se conozca y recopile tanta labor. «El recuerdo de nuestras dos modestísimas sesiones—terminó—durará gratamente en nuestro ánimo, nó por su esplendor y aparato, pero sí por la solemnidad de corazón, interior y austera, con que aquí hemos venido á honrar la memoria del gran Cervantes.»— *(Aplausos).*

DE CABO PASTOR
MARIA 93-FERROL

BIBLIOTECA MUNICIPAL - FERROL

Ateneo Ferrolan
Fundado en 18[illegible]9

Ateneo Ferrolán
Sociedad Cultural Recreativa
Fundado en 1879
Rua Magdalena 261 - 264 - Ferrol
www.ateneoferrolan.org

1044274 Biblioteca Central
F 821 TER